Letras en cuarentena

El mundo en nuestras manos: ¡Quédate en casa!

Compilación

Cristina Beatriz Monte

Ediciones Mis Escritos

Letras en cuarentena: el mundo en nuestras manos: ¡Quédate en casa! / María Elvira Álvarez... [et al.];
compilado por Cristina Beatriz Monte;
prólogo de Diego Martín Lanis. –
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Mis Escritos, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8386-00-3

1. Literatura en Español. 2. Poesía. 3. Cuentos. I. Álvarez, María Elvira. II. Monte, Cristina Beatriz, comp. III. Lanis, Diego Martín, prolog.
CDD 860

© Ediciones Mis Escritos

Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el consentimiento explícito de Ediciones Mis Escritos y/o los autores que la integran.

1º Edición – mayo de 2020

Ediciones Mis Escritos
editorial@misescritos.com.ar
www.misescritos.com.ar

ISBN 978-987-8386-00-3

Índice

5 --- Prólogo

7 --- A modo de presentación

8 --- Álvarez, María Elvira

10 --- Andreñuk, Damián

11 --- Astellanos, Susana Irene

12 --- Balestreri, Ana María

14 --- Benavides Vergara, Víctor R.C.

17 --- Braum, Eva

18 --- Bustos, Teresa Beatriz

22 --- Capalbo, María Crescencia

23 --- Carrizo, Marta

33 --- Cesaratto, Manuela

34 --- Chiama, María Cristina

39 --- Cuello, Rosa Lía

41 --- Dellacasa de Bosco, Lidia

43 --- Díaz Ramírez, Rosario Isabel

46 --- Durruty, Silvia

48 --- Figueras, Sonia

50 --- Gabetta, Silvia Cleonice

51 --- Gauna Pirágine, Eve Violeta

55 --- Gonorowsky, Clara

57 --- González, Nélida Magdalena

58 --- Hincapie, Humberto

63 --- Jofman, Susana Elizabeth

64 --- Lago, Mónica Andrea

65 --- Lanis, Diego

68 --- López, María Susana

69 --- Maggio, Adriana

73 --- Maldonado Carmona, Laura Sofía

75 --- Maldonado, Carlos Eduardo

77 --- Martínez, Luis

78 --- Marzioni, Mónica

79 --- Noguera, María Cristina

80 --- Ogonoga, Olga

81 --- Pahl, Elena

82 --- Pereda, Cristina

83 --- Pérez Suárez, Laura

84 --- Petasny, Matías

87 --- Piancatelli, Silvia

88 --- Pompilio, Norma Mirta

89 --- Ricalo, Vicente

93 --- Roca, Adriana

95 --- Rosas Jiménez, Olga Livia

96 --- Scioli, Sandra Mabel

97 --- Sforza, María Beatriz

98 --- Sorrentino, María Cristina

99 --- Tiana, Loly

102 ---Trinelli, Carlos Arturo

108 ---Urtubey, María Cristina

110 ---Valdeavellano Pinot, Ana María

112 ---Vergara Unda, Felipe Andrés

114 ---Viale, Juan Carlos

Prólogo

APO (AISLAMIENTO PREVENTIVO OBLIGATORIO)

La ciudad duerme de día. Apenas el ruido de algún coche. Cada tanto un colectivo. La atmósfera, parece limpia y los oídos prestos a escuchar. Se ve, no se presiente, lo que nos rodea. La naturaleza existe. Los pájaros y las flores parecen otros. Descubrimos a los que tenemos al lado. A los que estaban cerca y están un poco lejos. A los que están cerca y siempre lo estuvieron. La distancia aproxima los corazones. ¿Por qué no hacerlo más a menudo y de verdad? No necesito esperar a decir lo que siento, el momento es ahora. Para padres, madres, hijos, hijas, nietos, nietas, tíos, tías y demás. Espero que, pasada esta contingencia, los valores sean todo lo permanente que fueran o fuesen posibles.

Somos únicos, indivisibles y con sentimiento. Eso nos hace diferentes. A esta altura, tal vez, algunos planetas nos miran. ¿Nos miran? ¿Qué ven? Son ellos o nosotros. ¿O ellos y nosotros?

Dejar que el agua corra como al abrir la canilla y parar al mundo para bajar un poco. Soñar con algo distinto y conseguirlo, con un cielo azul celeste profundo con que el mar se junte con el río y un arroyo les guiñe un ojo, que las aves y animales coman de nuestra mano como nuestro corazón le da a los más necesitados.

Frenen el maltrato a escala planetaria, por si no se dieron cuenta esta es nuestra casa. Y no está de remate, de ninguna manera.

Por eso es importante, escuchar el pedido, mirar al otro. Mirar a los ojos. Entender a fondo el momento. Agradecer a todos los que ayudan y le dan sentido. Decir lo que pensamos y hacer lo que sentimos. Por nosotros y por todos ellos.

Bailar codo a codo, nalga a nalga, pies a pies.

Dejar diferencias absurdas de lado. Quererse a uno mismo querer a los otros es todo ganancia, es puro futuro.

Decime que se siente, si no es algo sagrado, poder decir te quiero y ponerse colorado. Mandar un corazón, y enseguida el nuestro latir acelerado.

Representativo como pocos, el amor es la fuente de nuestros deseos y desvelos, por amor queremos, por amor, damos. Lloramos y prometemos amor.

Por amor hacemos todo por amor por amor al prójimo vivimos y por el de los nuestros nos desesperamos queremos, queramos que el amor y la solidaridad son también dos poderosas vacunas.

Cuarentena y quincena están de moda. Espero sólo de paso, en esta hora. Cuarenta más quince, la mitad da veintisiete con cincuenta. Cuarentena y quincena, dieciocho letras, dividido dos da nueve. Total, treinta y seis con cincuenta, tres con cincuenta menos que cuarenta.

Es una experiencia natural asociada. La historia ha deparado situaciones terribles.

Hoy las letras y palabras nos desafían. Pero son los hechos, los que hablan. Tratemos de pensar que esto es transitorio. Que los lazos siguen y los reforzamos. Que estamos unidos y el puente en reparaciones. Que un pedazo de plástico no es una ventana para mirar a ningún lado. Que una puerta cerrada no conduce a nada. Que un beso, dar la mano y un abrazo, no sean sinónimo de rechazo. Por ahora. Que los billetes cuando no tienes nada valen 0. Que estar escondidos servirá para descubrirnos y volver a encontrarnos. En aquel lugar que el corazón decida. Que dos metros de distancia no es lo que separa a la gente de bien. Que la distancia no pueda con nosotros. Que nosotros seamos nosotros.

Y el virus, el virus. Que de él se encarguen los especialistas. Que saben mucho y sabrán que hacer. En el mientras tanto, como las letras y palabras nos ponen a prueba, humanos, saquen una hoja: queremos saber que saben sobre ¿cómo debe actuar el ser humano? solidaridad, comprensión. Sólo sé que no sé nada.

Aprended, aprended, no hay tantas oportunidades. Es el momento. Quizá sea ahora o nunca. Para quienes lo tienen súper incorporado y es un estilo de vida ya. Para los otros, los indiferentes, los "a mí que me importa", los "a mí no me va a pasar", los que sólo piensan en su interés, pues les digo que su desinterés es una ficha de dominó que, puede tirar a las otras y les caiga encima. Cuidaos los unos a los otros. Y quieto adentro. Ya volverán los besos, abrazos, caricias, el calor, y el afecto humano apasionado. Y podremos demostrarlo. No hace falta que les diga lo importante que se juega. Miedo al contacto, miedo a tocarnos, a la mano y el beso. Si te encuentras con alguien lo mejor saldrá desde el alma.

¿Querés dejar una pisada o una huella?

Diego Lanis
Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

A modo de presentación

Sin darnos cuenta, estamos asistiendo, siendo protagonistas, de un cambio fundamental en la vida de nuestro planeta y de los seres que lo habitamos. Un cambio profundo, tal vez comparable a la crucifixión de Cristo, la caída de Roma o la Revolución Industrial.

Un microscópico ser, un virus, se interpuso en nuestros hábitos, en nuestra salud, en nuestra economía. Nos aisló de los seres queridos, amigos y familiares. Cambió la rutina diaria. Puso de manifiesto lo mejor y lo peor de cada ser humano: la solidaridad y también el egoísmo.

No sé si el virus 'nació' a través de un murciélago, o en un laboratorio, no tengo pruebas de una cosa ni de otra, sólo siento que apareció para aleccionarnos, para decirnos 'únanse, cuiden el planeta, cuídense entre ustedes, sean mejores personas.' Creo que debemos capitalizar este doloroso aprendizaje, cuasi apocalíptico.

¡Cuidate y cuidanos! ¡Quedate en casa y mantené el aislamiento social!

Cristina Beatriz Monte

María Elvira Álvarez
Alejandro Korn – Buenos Aires – Argentina

Bailarina

La bailarina se calzó sus zapatillas de punta de raso blanco; las que la acompañaban cada vez que se entregaba a la danza. Se preguntó cuántas se habría calzado desde la primera vez que se había alzado sobre las puntas de sus pies. No sabía. Decenas, centenares... Duraban poco... Eran tan delicadas y debían soportar roces, golpes, maltratos... A veces duraban dos representaciones, a veces una. Acarició el suave raso y se estremeció por el placer de volver a colocárselas después del grave accidente del que había sobrevivido de milagro.

Ya estaba de vuelta frente a la barra y al espejo y podía verse una vez más en él. Terminó de atar las cintas de las zapatillas y se puso de pie. Caminó unos pasos y se sintió cómoda, se dio impulso y se apoyó en las puntas de sus pies. Se sintió alta, esbelta, poderosa. Era extraño y excitante poder volver a practicar cuando los médicos habían afirmado categóricamente que nunca volvería a bailar. Pero se habían equivocado. Nuevamente podía hacerlo: Primera posición, segunda, tercera, cuarta, *arabesque*... todo otra vez... Y en cada vuelta la gasa de su pollerín se abría como la corola de una flor y en cada salto volaba como una mariposa.

La bailarina sonrió, feliz. Otra vez bailaba, otra vez vivía. Si no hubiera podido hacerlo ¿para qué vivir?

Y danzó sin pausa, sin reposo, hasta que la fatiga llenó su cuerpo. Sus músculos faltos de entrenamiento pidieron descanso, los dedos de sus pies acusaron el dolor causado por la dureza de las zapatillas. Se recostó en la reposera ubicada en un rincón del salón y cerró los ojos.

No supo cuánto tiempo durmió, hasta que, de pronto, al abrir los ojos, se encontró en otro lugar, más pequeño, sin la barra ni el espejo. No reconoció el lugar ni a las dos mujeres que cuchicheaban junto a la puerta.

- ¿Qué pasa? –preguntó-. ¿Dónde estoy?

Una de las mujeres se acercó rápidamente a ella.

-Cálmese, señorita –le dijo–. No le hace bien agitarse.

- ¿Cuándo me trajeron acá? –Insistió- ¿Dónde estoy? ¡Por favor, contésteme! –Trató de incorporarse apoyándose en la cama en la que estaba acostada, pero sus piernas no le respondieron- ¿Qué me pasa? –Gritó- ¿Por qué no me puedo levantar?

Entonces vio como la otra mujer se acercaba a ella, tomaba su brazo y clavaba algo en ella. Forcejeó un poco, pero luego perdió la conciencia.

Cuando volvió a abrir los ojos volvió a encontrarse en el salón, con el enorme espejo y la barra de entrenamiento. Se miró los pies y las zapatillas estaban en ellos. Miró su

cuerpo y estaba cubierto por las delgadas capas de gasa blanca. Comprendió que todo había sido un sueño. Sonrió aliviada.

*** *** ***

-Bueno, otro día de trabajo terminado –dijo la mujer mientras tomaba su cartera de arriba del mueble–. Que pases buena noche.

-Todo va a depender de cómo la pase ella –replicó la otra señalando la figura que reposaba en la cama–. Si ella duerme toda la noche, estoy salvada.

-Con la pichicata que le pusimos, seguro que no despierta hasta mañana.

-Me da lástima –dijo con sincera tristeza la enfermera mientras se acercaba a la delicada y esbelta mujer que dormía en el lecho-. ¡Una mujer tan linda, tan talentosa!

-Sí –asintió la otra–. Debe ser duro quedar inválida tan joven. Y para colmo, siendo bailarina.

-Debe ser como morir –concluyó la mujer-. ¿Viste cuando despierta? Se pone violenta: grita, llora, trata de pararse... No queda más que sedarla. Y cuando se duerme... sonríe.

Damián Andreñuk

Villa Elisa – Buenos Aires – Argentina

Una voz abandonada

Estuve así.
En las habitaciones temblorosas del delirio.
En el valle sin sosiego de la desesperanza.
Entre parásitos envilecidos y cobardes.
Atontado ingenuamente por enamoramientos ridículos.

Nací con una voz abandonada.
Y aunque este mundo me aturde
en todo mi esqueleto hay algo real.

Como pétalos quebrados mi antigua alegría.
Cada miedo, cada pudor nos pone una máscara.
Lo más hermoso tiene aroma femenino.

Día tras día veo mi piel desgastándose
y no importa
(la vejez es un portal, es otro reino)

Estuve así.
Errante, oyendo mi tristeza como un himno.
Perdido en paraísos de hipocampos como en la fantasía de un niño.
Viviendo con dolor y dignidad como un zafiro incendiándose.

Susana Irene Astellanos

Berisso – Buenos Aires – Argentina

Vulnerables

En una gran ciudad miles de personas ocupan una superficie que parece no crecer al ritmo que lo hace la población. Vivir en esos lugares obliga a comprimir el espacio personal, a rozarse sin dirigirse la mirada, y seguir el camino. Es allí donde se puede estar muy solo, rodeado de mucha gente y por lo tanto demasiado vulnerables.

La joven, con ojos lastimeros, dirigió la palabra a un señor mayor, este la escuchó con atención y luego negó con la cabeza, dejándola en ese lugar, parada, sola. Ella dejó caer sus brazos, abatida, murmuró algo al tiempo en que miraba como el hombre se alejaba. Comenzó entonces a observar a su alrededor, como quien busca a alguien. La gente ensimismada en sus asuntos o charlando tan velozmente, como ágiles se movían sus pies, ni se percataban de la muchacha allí detenida, quien sólo se movía por inercia al ser empujada por la muchedumbre.

De nuevo alargó su mano, esta vez hacia una señora quien con su pequeño hijo pasó muy cerca de ella; la mujer no la dejó hablar, apretó muy fuerte la manito de su pequeño y la rodeó para alejarse. Así estuvo un par de horas, hablando en susurros con aquellos que le regalaban unos segundos de su tiempo, sólo por sentir que hacían algo por la humanidad desamparada, pero no iban más allá, el último movimiento de sus cabezas era siempre de negación.

Luego apareció alguien y la apartó de ese monstruo de miles de cabezas y millares de pies que se movía ondulante por la vereda, la llevó a un café y compartieron un almuerzo, humilde, pero reconfortante. Sus vicisitudes y penas fueron escuchadas, aquel hombre dijo comprenderla bien. Él pagó la cuenta, la acompañó unas cuadras y se despidió, diciéndole a la jovencita mugrienta que debía ir a trabajar. Ella lo miró con ternura, lo abrazó con vehemencia y conteniendo las lágrimas le agradeció reiteradamente, no sólo por la comida sino por haberla escuchado. Este individuo entonces mostró sus dientes, sus manos se escurrieron fuera de los límites y ella horrorizada corrió despavorida, mientras él se alejó sonriendo, aunque deseando un poco más en retribución.

A la vuelta de la esquina la muchacha detuvo su carrera, se tomó el pecho aún agitado, pasó la manga derecha por su cara para secar las lágrimas, miró a ambos lados de la calle, metió la mano en el bolsillo de su buzo raído y sonrió. Ya en la tranquilidad de su casilla, despacio y con placer, contó una y otra vez el contenido de aquella billetera.

Ana María Balestreri

Chovet – Santa Fe – Argentina

¿Y el amor?

Si en la metafórica poesía
el amor está en el aire,
en las entrañas de la madre tierra,
en el fruto hecho miel y ambrosía
en el perfume de la flor y su donaire
en la transparencia del agua,
    ¿Dónde está hoy?
Si el agua perdió su pureza
en el fluir de su entrega,
Si el viento ralea su brisa suave,
ni es huracán travieso,
es ciclo génesis impetuosa,
es borrasca arrasadora.
Si la tierra tiembla enojada,
si perdió su fértil verdor;
    ¿dónde está el amor?
Si ríos y arroyos de viva correntada
avanzan en ímpetus desordenados,
si el empuje de la ola aviva su marejada,
si bosques y selvas, pulmones de vida,
en desmontes y fuegos sufren desgarros,
Si Natura no resiste el dolor;
¿dónde está el amor?

Ceguera de tiempos nuevos,
autoengaños de fáciles logros.
La Tierra contaminada,
soporta indefensa nuestras pisadas
Y el vulnerable Planeta,
tiembla ante nuestras manos.

Sentir

No me mueve la soberbia indolente
que solo acalla con voz bizarra,
que solo tiene del león sus garras,
para ocultar dones de la gente

No me mueve el llanto de pronto olvido,
de inútiles gotas escurridizas,
no me mueve el rictus de falsa risa,
ni me mueve lo banal que he perdido.

Me mueven, la montaña, el río y el mar,
me mueve el Mundo en su dolor,
me mueve la Vida que deja soñar.

Me mueve la niñez en su inocencia,
me mueve la estética de la flor
y la Paz interior de la conciencia.

Se apaga el día

Se apaga el día en plácido ocaso
en tibios destellos de un cansado sol
que suaviza en el horizonte su arrebol
y pinta sombras en lánguidos trazos.

El sonido se aletarga en la zaga
y muta el aire en suave viento
dejando en suspenso de fino aliento
los albores del día que se apaga.

El silencio acompaña a la soledad**,**
el sosiego se adueña del entorno
y la paz aflora sin mezquindad.

Y es solo un atardecer minúsculo
que, en visible, diluida penumbra,
muestra la timidez del crepúsculo.

Víctor R.C. Benavides Vergara

La Molina – Lima – Perú

El árbol y el río

Y el árbol le dijo al río:

- Cuando necesito de ti, no estás y cuando llegas, me agobias…
- Yo solo fluyo, pregúntales a los nevados y a las lagunas…hijo de ellos soy. A mí no me reclames. Si creciste a mi vera es porque yo te nutrí. Alguna vez fuiste semilla al viento o tal vez te trajeron las aves; te alimenté porque así lo manda el Hacedor. No es culpa de nadie, yo cumplí.
- Pero es igual, tantos meses de sed y de pronto te desbordas y me afliges… me empujas con fuerza y dejas mis raíces al aire; apenas logro sostenerme…
- ¡Pero así te haces más fuerte! ¿No lo has notado acaso?... en la adversidad crecemos, encontramos el fuego interno que nos hace, más tarde, robustos.
- Tú puedes decir lo que quieras pera cada fracción de segundo estoy hablando con otra agua, pasas tan rápido que no creo pueda llegar a ningún acuerdo contigo… o con no sé quién, pues no sé quién me contesta…
- No entiendes acaso que soy un río y que nunca soy el mismo que viste hace un instante… soy agua que pasa hacia muchos destinos… soy uno y soy muchos. Tú no eres sino un ser enraizado y, aunque importante, siempre serás dependiente del agua, venga de donde venga, así es que no te quejes…
- Tampoco te lo tomes tan a la tremenda, el que la pasa mal soy yo
- Óyeme, no vayas a creer que nosotros, el agua… ¡Sí! nosotros, porque siempre somos el mismo líquido elemental (algunos huachafos nos dicen *"el líquido elemento"*) que, aunque provenimos de diversos lugares, y en el caso específico del lugar donde me encuentro ahora, es decir agua de río, sí que la pasamos mal; no siempre estamos cristalinos como me vez ahora. Hay en el planeta unos seres infames que vierten sus desechos minerales, sus inmundicias y basura, animales muertos y hasta sus colchones en nuestra pureza y en vez de llevar vida, nos convierten en agentes de enfermedad y muerte. Por suerte, nuestro hermano Sol, hace que, en gran parte, nos reciclemos y volvamos nuevamente a ser nubes y luego lluvia para en las cumbres ser hielo y volver a intentar seguir ayudando a que la vida no se extinga… ¿Acaso sabías sobre esto?
- La verdad, ni idea; aunque ahora que te escucho, debe de tratarse de los mismos desalmados que vienen talando el bosque y que están matando a miles de mis hermanos como me lo contaron las diversas aves que, por temporadas, anidan en mis ramas.
- Sí pues, las noticias nunca llegan a tiempo y cuando lo hacen vienen distorsionadas. Claro está que quienes las propalan son los humanos; ellos ven el mundo

de una manera distinta por que se creen hechuras divinas y no son mejores que el resto y… además fueron los últimos en aparecer.

- Tal vez sea por eso, ¿no?… como no han participado de todo el proceso evolutivo, creerán que como todo ya estaba hecho, sería para que lo usasen a su antojo… ¡Y mira tú!

- La culpa de todo la tuvieron algunos lobos. En esas jaurías nunca faltaron los aprovechados y los ociosos. Algunos de ellos comían de las sobras de los humanos y se olvidaron de cazar. Se convirtieron en los primeros sirvientes y, a cambio de comida, les proporcionaron seguridad. Fueron los primeros *"guachimanes"* de la prehistoria. Al principio cuidaban la entrada de las cavernas permitiendo que sus nuevas alfas durmiesen tranquilamente durante las noches y, de día, eran vigilantes y aguerridos defensores contra los extraños. Ahí comenzó la cosa, pues sus cachorros no conocieron más quehaceres y amos que los habitantes de las cuevas.

Antaño, ya hace miles de años, los cavernícolas, se hicieron de ropaje y como que la hacían bien porque estaban tratando de sobrevivir y solo tomaban de los que ya estábamos. Lo malo vino después cuando descubrieron que en vez de recolectar podían sembrar y en vez de cazar, criar animales para no tener que salir de sus lugares.

Se hicieron gordos, se enfermaron y se volvieron codiciosos. Inventaron dioses que premiaban y castigaban y se le vino la oscuridad a pesar de la luz del día.

Los que tenían más querían más; algunos se hicieron ricos y prevalecieron sobre las mayorías. Se construyeron aldeas, murallas, castillos, ciudades; herramientas y armas.

Esclavizaron la piel distinta y se mataron entre ellos sin piedad. Luego el hombre fabricó máquinas para trabajar menos; todo por culpa de algunos lobos ociosos. Los lobos, con el tiempo, se olvidaron de aullar y por alguna razón inventaron el ladrido; lo interesante es que aprendieron a entender todas las lenguas y*" lo que nadie sabe hasta ahora es qué significa ¡guau!" (*)

(*) Entrecomillo esta frase pues no sé si la leí alguna vez o si es de mi autoría; aunque no estoy muy seguro que me pertenezca.

Nosotros, el agua, ahora dependemos de algunos humanos; en algunos lugares ahora nos cuidan y hasta nos protegen, pero en la mayoría de los poblados nos siguen maltratando, nos envenenan y hasta nos desperdician…

- Igual nos sucede… entonces era cierto lo que me contaron las aves, que no solo nos cortan en pedazos, sino que nos intoxican con el maltrato que les hacen a ustedes… y yo que creía que el culpable de todo esto eras tú…

- Ya tú vez, la desinformación y la falta de conocimiento hacen que estos seres no nos respeten ni valoren la inmensa suerte de tenernos; cada día que pasa me convenzo más que, a pesar de todo, nosotros prevaleceremos y ellos se están condenando a la extinción.

- Si pues, el planeta seguirá su evolución y si bien es cierto que nosotros seguiremos existiendo modificados o no, estos habitantes tardíos ya no estarán y habremos de esperar nuevos días hasta que podamos brindarles nuestras ofrendas a quién sabe quiénes o a quién sabe qué.

EN ESPERA DEL DESENLACE FINAL

Eva Braum

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Papá Noel no lee mis cartas

Romina recibió un solero blanco estampado con rosas rojas, yo una camisa y un pantalón pinzado. Todas las navidades eran similares: pese a portarme bien durante el año y mejorar la caligrafía para la carta, Papá Noel jamás me dejaba alguno de los regalos solicitados.

Al principio recibíamos obsequios que disfrutábamos con Romi: como la pileta de lona o las bicicletas, pero en cuanto nos hicimos más grandes y comenzamos a escribir nuestras propias cartas comencé a notar que mis regalos poco tenían que ver con los listados. El primer año solicite una valija de bordado y una pollera rosa con lazo al costado (la había visto en la tienda del barrio) en su lugar recibí un tractor. Me desilusioné los primeros días, tras reflexiones comprendí que la carta la había escrito sobre la fecha y quizás Papá Noel no había llegado a leerla a tiempo.

Al año siguiente, el 8 de diciembre armamos el arbolito en familia y a la noche yo deje mi carta al pie, no quería que existan contratiempos. Me esmeré en la letra: prolija y redondeada como había aprendido en caligrafía. La mañana de navidad cuando abrimos los regalos Romina obtuvo su set de maquillaje y una pollera rosa con lazo al costado. En cambio, yo nada de lo pedido, un par binoculares y una caña de pescar fueron mis obsequios.

Al año siguiente, no tenía ganas de escribir cartas, pero Romina insistió tanto que finalmente decidí darle a este Papá Noel poco lector una nueva oportunidad. Esta vez no fue solo un listado de deseos, sino que aproveche a explicarle la situación:

Querido Papá Noel:

Durante todos estos años me porté bien, obtuve buenas notas en el colegio y ayudo a mamá con las tareas de la casa, también soy un buen hermano y cuido de mi mascota. Por todas esas razones es que me atrevía a pedirte de regalo aquellas cosas que deseaba de corazón. Sin embargo, nunca recibí nada de lo pedido, siempre fueron regalos inútiles que hasta me provocaron conflictos con papá: una vez quiso ir a pescar y yo terminé hospitalizado dos días por neumonía. Mamá me cuidaba y él estaba completamente enojado le decía – Ahí lo tenes al delicadito.

En fin, este año no iba a pedir nada. La verdad no quiero recibir algo que me dé problemas. Todo cambio esta mañana cuando fuimos al centro, en la tienda de Clarivel vi algo que quiero de verdad y es lo que me dio la inspiración para escribir esta carta. Deseo el solero blanco estampado con rosas rojas.

Espero este año puedas cumplir mi solicitud.

Afectuosamente Juan.

Beatriz Teresa Bustos

San Francisco – Córdoba – Argentina

Nadie

Dejó de llover y el abril se mece
entre melenas ocres.
Desde la glorieta sombras oscilantes
curiosean, luego parten.
El tiempo, crueles arabescos
esculpió en las lajas
y como si fuera un dios pagano
silente y desamparada
la fuente en el jardín aguarda.
Ayer cómplice del sol trenzaba amor,
con su boca abierta y transparente oía
los cándidos secretos que le contaba.
Por arterias amarillas he regresado
a contarle mi desdicha,
a lavar las heridas que aún sangran,
a confesarle que las promesas de él fueron
aves sin rumbo, descarriadas.
Entonces no sabía que el amor clava puñales.
Entonces no sabía que el amor también engaña.
Hemos envejecido,
huellas profundas nos delatan
y como herencia del amor tenemos
las bocas secas, agrietadas.
Abril se mece, las nubes corren desquiciadas
nadie entona un himno al paisaje
que quiebre el frío de esta nada,
ni una hoja ha caído a recibirme,
la fuente, calla.

Naranjo

Diez años estuvo cerrada la casa.
Universo quieto, morada sin almas.
Sólo las retamas con sus amarillos dedos
trepaban curiosas la descarnada tapia.
Bajo la reja de la gran estrada

débiles yacían las enjutas dalias,
y la madreselva rebelde mozuela
resistió la espera con su verde enagua.

Yo regresaba de una larga ausencia.
Ella diez años mantuvo la boca cerrada.
Yo traía conmigo las cuencas vacías.
Ella olió primaveras sin poder mirarlas.
Yo, ya no tenía rojo los labios ni arrogante mirada.
Ella sólo cobijó retratos en las frías salas.

Empujaron la puerta, temblorosas mis manos,
me cobijaron felices los nombres amados.
Por los cuatro lados rasgué las ventanas
y un mundo de auroras invadió mis pasos.
Con su inmenso aroma gritó desde el patio
cargado de azahares, mi amigo Naranjo,
(me envolvió el tiempo de la dulce cuerda,
cuando saltaba descalza sobre el verde paño,
trenzado con luces el cabello tenía y puros los años,
cuando no presentía los inviernos crueles,
ni las lejanías, ni el dolor amargo).

Me abracé a mi amigo. Me rozó el cabello,
con sus dedos largos, preguntó...
por qué regresaste si te fuiste cantando,
y ocultando mis lágrimas mentí inútilmente…
...Allá, a lo lejos, no nacen naranjos.

Soliloquio

Antoine Laffont era la tercera generación dueña de las tierras, tenía mirada burlona y atropellaba con sus gestos.

Yo venía de un poblado donde el hambre del país, a principios de siglo, había hecho estragos en hombres y animales. Lo abandoné cuando me dieron un puesto como maestra en la estancia “La Abella”, propiedad de los Laffont.

— ¿Cómo te llamas muchacha?

—Riese Mansur Sr. —respondí.

—Riese… ¿Qué significa? —preguntó, mientras caminaba a mí alrededor.

—Teresa en árabe —respondí, desviando su mirada penetrante sobre mis verdes ojos, herencia de mi abuela mozárabe.

— ¿Años?

—Veinte —dije casi ahogada.

—Así que ¡maestra!, ¡miren los aires de la mocita!

—Escucha bien muchacha, te vas a levantar a las cinco, y cuando mi esposa te lo ordene, le ayudas… Enseñarás a escribir y leer a la peonada ya entrada la noche… ¡Te queda claro, Riesa!

Sin esperar respuesta, pasó por mi costado, hizo que su hombro golpeara el mío; levanté mi mano y la cerré sobre el crucifijo, el temor se fue trepando lentamente por mis piernas hasta alcanzar mis lágrimas.

Confieso que sentía envidia de la señora. Extrañas sensaciones mi motivaban a compararla conmigo. Ella caminaba grácilmente, su voz era dulce, de piel blanca; en cambio, yo tenía el cabello negro azabache, hasta la cintura, ensortijado y, la piel oscura y firme.

Una madrugada el patrón me sobresaltó con sus gritos:

— ¡Riese, levántate, cuida a mi esposa, yo voy a buscar al doctor al pueblo!

Me acerqué a la cama, la señora estaba con sus últimos resuellos, me tomó del camisón y balbuceó:

—Riese… las cartas que están en mi secreter… quémalas…

Luego su mano se desplomó sobre la sábana de seda blanca, y se quedó mirando un punto incierto en mi rostro. A la tarde siguiente, la sepultamos.

Dos meses después, cuando yo unía cuadros a la manta de mi camastro, con una aguja de colchonero, unos gritos revolucionaron la estancia. Borracho y desaliñado, el patrón venia gritando mientras arrojaba las cosas que estaban a su paso (a esa hora todos los peones estaban en sus casuchas).

Entró en mi cuarto y se lanzó como una furia sobre mí, puso la tenaza de su mano derecha en mi garganta y comenzó a apretar, metió su mano izquierda bajo mi falda…luche con desesperación, después, mi mente se volvió silenciosa oscuridad…

Cuando desperté, Juan estaba a mi lado, como único consuelo me dijo, no es tu culpa mujer...

Desde ese día comenzó a deteriorarse la salud del patrón, la fiebre lo iba anidando; empezó a comer menos y se debilitó tanto que ya no se levantaba de la cama. Una noche mandó por mí…

— ¿Dónde escondiste las cartas, muchacha tonta?

—Señor, yo no las tomé — respondí.

— ¡Dámelas! ¡Dámelas! Gritaba descontrolado....

Busqué en las pertenencias de la señora, hasta que las encontré. Al mirar la escritura del primer sobre me espanté, la señora, había escrito las cartas untando el plumón en su propia sangre.

De repente, para mi mal, el señor empezó a chasquear la lengua, se le extravió la mirada, comenzó a dar pequeños respingos sobre el lecho. Entonces comencé a pedir ayuda y por el miedo, las cartas cayeron al piso...Nadie contestó a mi llamado.

Días después depositamos su cuerpo junto al de su esposa. Esa misma noche, sin que nadie sospechara, tomé las cartas y las oculté entre mis pertenencias.

Sussete Laffont llegó en la madrugada a tomar posesión de la estancia, pero a los tres meses de su llegada, decidió abandonar todo y llevarse al niño a Francia; también a Juan lo llevaría con ella, como jardinero. A los demás nos pagó, lo que según ella creía era lo merecido y se marchó... La estancia se fue durmiendo en el paisaje.

La culpa fue de Juan que, para aliviar su conciencia le contó a Sussete lo de aquella noche, él la trajo hasta mí para quitarme a mi hija recién nacida y nos obligó (bajo amenaza de muerte) a jurar sobre el libro Santo, como testigos de que la niña (mi hija: consecuencia de aquella noche), era hija de la señora y que ésta había muerto en el parto.

—Ni una gota de sangre de los Laffont andará "por ahí" —dijo, luego me escupió en la cara y se marchó con parte de mí entre sus brazos.

Es culpa de Juan que yo, después de muchos años, esté en la casa del juez de Paz, porque a la muerte de su tía, la hija menor de don Antoine regresó de Europa y quiere restaurar la estancia, también, recopilar la historia de los Laffont.

Sé que la única historia que ella quiere saber es la suya. (Porque "la otra historia", he jurado no contarla).

—Yo, aquella noche, le clavé a don Antoine Laffont la aguja de colchonero a la altura del abdomen, se la enterré con todas las fuerzas que me daba la desesperación...

La culpa es de Juan —culpa que agradezco—, de que yo esté frente a los profundos ojos verdes de Isabelle Laffont, y no sé por cuánto tiempo más podré resistir, sin abrazarla y llorar…

María Crescencia Capalbo

Pergamino - Buenos Aires - Argentina

¿Qué hago?

(…) con este encierro
que me aleja de ti.
(…) con este sentimiento
que se apodera
más y más de mí.
(…) con esta falta de libertad
que me ahoga
en palabras mudas
que no te sé expresar.
(…) sin verte caminar
perdido en tus pensamientos
y yo pensándote al pasar.
(…) en este silencio
que me aterra sin más
de verte lejano
y yo amándote
cada día más.

Marta Carrizo

Zárate – Buenos Aires – Argentina

La guerrera

Julián siempre había sido belicoso. Muchas veces provocó la preocupación de Amelia, la madre, por su carácter airado

-Es un buen muchacho- Justificaba- Quiere que la vida sea más justa, que todos podamos vivir mejor, por eso a veces se ve envuelto en peleas y se acerca a gente revoltosa- Era su único hijo, vivían solos desde hacía años. Amelia trabajaba mucho, aunque sin importarle, lo principal era tenerlo vivo y en su casa

-Si él supiera los miedos que tengo cuando no está, miedo a que lo traigan muerto o él mate a alguien. Es tan rebelde. ¿Quién sabe qué podría hacer?, por impulso, por enojo- Así, con el corazón fuera del pecho vivía, trabajando y justificando. Era una mujer dulce, tímida, tranquila, no comprendía porque su hijo era todo lo contrario.

Una noche, en vez de abrir la puerta con su llave la llamó por la ventana. Saltó de la cama. Estaba despierta como siempre antes de que él llegara. Al abrir vio sobre la camisa blanca, una roja flor de sangre. La mano apretaba la herida y el líquido goteaba por sus dedos. Lo abrazó y llevó con esfuerzo adentro. Le quitó la ropa, la herida parecía grande

-¿Qué pasó?-

-Me dieron una puñalada-

-Vamos al hospital-

-¡No!, no avises a nadie o voy preso-

-Si te dejo vas a morir-

-Andá a la calle Chacabuco 250 y pregunta por el doctor Ortiz, que venga pronto, es un amigo- Amelia salió. La dirección que le diera estaba a varias cuadras, las recorrió corriendo. Era una mujer madura, con mucho trabajo en su espalda, jamás salía a esas horas, le temía a la oscuridad, pero se olvidó de todo y enfrentó a la noche. El doctor abrió la puerta, la hizo subir al auto que acababa de estacionar y en minutos estaban en la casa. Julián se había desmayado. Lo revisó, le hizo las curaciones, pero preocupado dijo

-Perdió mucha sangre, necesita transfusión. Hay que hablar con Isidro, él sabrá que hacer. Es urgente-

-¿Quién es Isidro?-

-¿Julián nunca lo nombró?-

-No me cuenta con quien sale para no preocuparme, sabe que tengo miedo—

-Acá le anoté la dirección. Dígale que me llame enseguida. Me quedaré con él-

Otra vez se internó en la oscuridad de la noche. Otra vez cruzó las calles corriendo. Isidro habló al médico y arreglaron llevaron a una clínica de confianza donde tenían amigos y dinero para comprar amigos. Amelia no supo los pormenores ni los porque, solo que antes del alba se sentó al lado de la cama de Julián y estuvo allí por tres días. Algunos

de los amigos de su hijo a los que fue conociendo de a poco, le traían comida ofreciéndole reemplazarla, más no lo permitió

-Mi descanso es estar a su lado – Decía y así fue hasta que pudo llevarlo a su casa. Juntos salieron de ella y juntos regresaron. Él quiso saber cómo la trataron sus amigos

-Bien, son buenos muchachos- Julián comenzó el relato. Se había unido a un grupo subversivo, desconformes con el gobierno y sus medidas, trabajaban en la sombra para derrocarlo. La madre estaba aterrada, sabía que era peligroso, trató de disuadirlo

-Vayámonos lejos, donde no te conozcan, que tus amigos no puedan encontrarte para que no te llamen traidor y tampoco te encuentren los enemigos- Él se negó, no hubo argumento que lo convenciera. Seguiría en la lucha. Amelia tenía más temor que antes, ahora conocía los peligros a los que su hijo se exponía y nada podía hacer para impedirlo, por eso decidió apoyarlo, ayudar a él y sus compañeros que se reunían en su casa durante la convalecencia de Julián, se mantendría a su lado para cuidarlo, él se opuso

-¡No!, lo que hacemos es secreto y peligroso. Somos hombres, una mujer estorbaría-

-Habrá cosas que podré hacer, aunque sea cocinar- La conversación quedó trunca con la negativa de Julián, más ella se mantuvo alerta. Se recuperaba lentamente, seguía reuniéndose con los amigos en la casa y la madre, mientras los atendía trataba de enterarse de los planes. Una noche, en que se despidió de todos para ir a dormir, oyó que traían una misión para Julián, estaba lo bastante recuperado como para viajar y llevar papeles confidenciales a los que esperaban detrás de la frontera. Decían que era fácil, por eso se lo encomendaban, para recomenzar. Al día siguiente se paró frente a Isidro y desprovista de toda timidez dijo

-Aunque no lo parezca Julián aún está débil. Si tuviera que huir no podría hacerlo. De mi nadie sospechará-

-Pero usted es un señora mayor, no puede meterse en esto, aunque no sea sospechosa es peligroso-

-No importa, más peligroso es para él, está convaleciente, déjame ir a mí, que sea una prueba, si puedo hacerla vendrán otras, quiero ayudarlos-

-¿Por qué? Hasta hace poco era una señora con su trabajo, casa y nada más, sin grandes preocupaciones. ¿Quiere cambiar la seguridad de su vida por un destino incierto?-

-Mi hijo está metido en esto, traté de convencerlo para que se aleje y no pude. Mi miedo es que a él le suceda algo. Si a mí me pasa no importa, no podría seguir respirando si mataran a Julián. Por favor déjame ir, pero que él no lo sepa- Isidro accedió, explicó detalles, arregló contactos y ella partió. A los tres días regresó, la misión había sido un éxito y Amelia se desenvolvió muy bien. Al reencontrarse con el hijo éste le reprochó su atrevimiento, haciéndole ver los riesgos a los que se expusiera. Julián, totalmente sano otra vez, regresó a la actividad clandestina. Amelia vivía con el alma oprimida, mucho más preocupada que cuando viajara ella misma.

El tiempo corría y las misiones eran cada vez más peligrosas. Isidro vino a verla.

-Tengo que pedirle algo. Hay que regresar adonde ya fue y creo que nadie mejor que usted para hacerlo. Ya la conocen. No hay otro con aspecto más inocente. No quiero presionarla, si se niega entenderé-

- Si yo no voy, ¿qué pasará?-

-Tendré que enviar a alguno de los compañeros-

-¿Julián?-

-Tal vez, no se-

-Iré yo –

-Tenga en cuenta que él ya está bien y en actividad-

-No importa, iré igual-

-¿Cree ahora en lo que hacemos, nos acompaña por convicción?-

-No, no los entiendo. Nunca justificaré la violencia, pero como no puedo hacerlos cambiar de opinión, me uno a ustedes para protegerlos, porque al conocerlos me siento un poco madre de todos. ¡Son tan jóvenes y se exponen tanto!-

-Esta vez es más arriesgado, hay posibilidades de que salga mal-

-No importa, iré- Parecía que la mujer tímida y callada de unos meses atrás había desaparecido para dar lugar a esta luchadora dispuesta a todo, aunque no dejaba de rezar por su hijo. Julián, esta vez al tanto de la situación trató de impedirlo. Se enojó con Isidro por haber hablado con ella sin consultarlo. Nada pudo hacer. Amelia viajó. Llevó los papeles secretos. Se entrevistó con gente importante. Pasó la aduana con el corazón apretado. Subió a un avión por primera vez en su vida. Mientras el aparato carreteaba le parecía estar en un inmenso colectivo que viajaba a gran velocidad, pero cuando las ruedas despegaron del piso y la trompa del avión apuntó al cielo, sintió con temor que todo se iba hacia atrás, los asientos, su cuerpo y allá abajo, los edificios, árboles, todo lo que parece tan grande estando en tierra, se diluían hasta perderse. Tenía pánico y se preguntó que hacía allí, en un lugar y altura que jamás pensara estar. En su vida simple, sin ambiciones, todo era sencillo, conocido y rutinario, ¿por qué estaba en ese avión, aterrorizada? Había cambiado tanto su existencia que ni ella misma se reconocía. La única certeza era que iba a llegar hasta el final, aunque no sabía cuál era. Ni Julián ni los amigos le hablaban del tema manteniéndola al margen para protegerla

-Cuanto menos sepa, menos peligro correrá- decían. Ella no discutía, ayudaba en todo, lo pequeño, lo cotidiano y lo grande. De sí misma pensaba que estaba a salvo, mas Julián era joven, podía levantar sospechas, podían matarlo, podían, podían…, el terror de esa palabra le daba más valor para seguir al hijo y sus delirios, porque exponiéndose ella lo protegía a él y cuando le estaba vedado hacerlo, lo encomendaba a Dios en sus oraciones. Lo único claro era que mientras Julián corriera riesgos ella estaría a su lado. Su amor era una barrera contra los peligros. El amor humano más grande que quisiera crear una cápsula de protección para que el objeto de ese amor no sea alcanzado por mal alguno. Quimera loca que las madres sueñan porque solo las madres pueden desear con tanta fuerza la felicidad y bienestar de sus hijos, sus criaturas, lo que siempre serán para ellas.

Sentimiento

-Papá- Había dicho mi hijo un mes antes de cumplir 18 años- Para mi cumple quiero que me regales una moto-

-No- Respondí, más el siguió como si no hubiera escuchado

-Quiero una de las grandes, color negra, que haga mucho ruido por el escape, fuerte y veloz, para que mis amigos me miren asombrados y las chicas admiren lo que puedo hacer. Correré como un rayo entre los autos, les ganaré a todos. Al bajar seré el héroe de la película, un vaquero del *far-west* moderno. En vez de caballo tendré una moto para lucirme-

-No la compraré porque es peligrosa y aún más para alguien como vos que está pensando en correr y poner en riesgo su vida-

-Papá, es lo que más deseo tener, cumpliré 18, sé lo que hago-

-No sabes nada, ni de la vida ni de la muerte que espera en cada esquina-

-Por eso, peligro hay en todos lados-

-Una cosa es que la muerte nos espere a todos y otra muy distinta que la busquemos. Jamás me perdonaría si la compro y es causa de desgracia- Mis explicaciones no lo convencían y siguió insistiendo, adelantando sus razones. En la mente joven no entran la prudencia ni los consejos, quieren experimentar todo, no tienen miedo a nada por eso de que "A ellos no les pasará". Al fin, cansado de sus reclamos y aún contra la opinión de la madre, opté por dividir las aguas lo más equitativamente posible y le compré una moto de baja cilindrada con la que no podría correr como deseaba, ni ruidosa, ni despertaría la envidia de los amigos. El día del cumpleaños lo llevé afuera y en el jardín estaba, adornada con un moño y una tarjeta de salutación de parte de sus padres, aunque todos sabíamos que Elena habría preferido regalarle una camisa. La alegría que vi en su cara cuando lo desperté diciéndole que el regalo lo esperaba afuera, se transformó en gesto de desilusión al verla

-Con esta no podré hacer lo que quiero, es poco más que una bicicleta-

-Lo sé, pero podrás ir a la escuela, ¿no era ése el motivo principal por el que la querías?- Con pocas ganas nos dio un beso de agradecimiento, subió, la puso en marcha y salió a probarla, creo que cada vez lo convencía menos, más no le quedó otro camino que acostumbrarse a ella y hasta terminó queriéndola, le resultaba cómoda para sus tantas idas y venidas diarias, ir al colegio, al club, a inglés, a casa de los amigos, se convirtió en su compañera diaria. Pasaron dos años, los miedos de mi esposa desaparecieron y acabó adaptándose a verlo partir. Una tranquila noche de verano en que mirábamos televisión en el salón, una luz fuerte y azul entró por la ventana abierta al tiempo que sonó el timbre. Elena fue a abrir, no escuché con quien hablaba, pero oí su grito desgarrador, me levanté de un salto, en la puerta había dos policías, ella me abrazó, quería decirme algo que el llanto no la dejaba. El agente intervino

-Señor, ¿usted es el esposo de la señora?-

-Sí-

-Venimos con una triste noticia, su hijo Mauro tuvo un accidente y falleció- Sentí todo mi cuerpo endurecido, no podía moverme ni articular palabra, la sorpresa me quitó las capacidades de expresión de cualquier índole, mientras Elena, aferrada a mí no dejaba de llorar. El policía, comprendiendo nuestro estado, nos tomó del brazo conduciéndonos adentro, al sillón de la sala, apagó la televisión y pidió al compañero que trajera agua. Vi alejarse al otro en busca de la cocina, reapareció con una jarra que sacó de la heladera y dos vasos, los que encontró en la mesa donde acabábamos de cenar. Apenas repuesto para empezar a hablar pregunté

-¿Cuándo, cómo?- Me explicaron que el accidente había ocurrido dos horas antes, un hombre en estado de ebriedad lo atropelló con el auto

-Dos horas- Dije mirando maquinalmente el reloj- Salía de la facultad-

-Sí, fue a pocas cuadras. Siento mucho su dolor. Créame que para nosotros es muy difícil dar estas noticias, pero por desgracia alguien tiene que hacerlo. Como pobre consuelo puedo decir que su hijo no sufrió, ni siquiera se dio cuenta porque el auto lo chocó de atrás, cuando estaba parado en el semáforo, pero venía a tan alta velocidad que no pudo detenerse hasta no dar contra la tapia de una casa-

-¿Mauro dónde está?, quiero verlo- Habló por fin mi mujer

-Tendrán que ir a reconocerlo, aunque no sé si es conveniente que la señora vaya- Dijo dirigiéndose a mí- ¿Quieren que llamemos a algún familiar?-

Les di algunos números, entre ellos el del médico de la familia para que calmara a Elena. Al rato la casa se llenó de gente, amigos nuestros y de Mauro, mis primos, los padres de ella. Trámites, reconocimiento, funeral. Otra vez solos y lo peor recién comenzaba. Ese dolor inenarrable que mordía, que no nos dejaba comer, ni dormir, ni hablar, ni movernos, ese dolor que no se puede entender en su dimensión justa, el peor de todos. Habíamos perdido la sonrisa, la esperanza, no veíamos un mañana. Mauro era nuestro único hijo.

-Quiero irme con él- Me dijo Elena- Todo murió para mí, no tengo nada que esperar. Mis sueños eran verlo recibir el título, casarse, convertirse en padre, la familia cada vez más grande, ahora ya no hay familia, solo una pareja de ancianos desvalidos, porque así me siento, una anciana que de vivir se ha cansado. Sé que no hemos vivido tanto, pero el dolor alarga cada día y pienso que él está tan solo, me necesita- No hubo manera de disuadirla que Mauro ya nada necesitaba porque era ella la que necesitaba partir, dejar aquí la pesada carga e ir a buscarlo y encontrarlo para abrazarse a su hijo eternamente. Se fue apagando, de a poquito, casi sin darnos cuenta, hasta que una mañana desperté y algo no me pareció normal en su rostro dormido, la palidez extrema me alarmó.

-¡Elena!- Grité y al tomarla por los hombros la cabeza cayó a un costado, los ojos cerrados y la rigidez de la muerte me confirmaron que su deseo se había cumplido, ya no estaba conmigo, habíase marchado detrás de Mauro. Quedé solo, en poco tiempo perdí a mi pequeña familia. Los días eran eternos, las noches en blanco. Casi sin dormir ni comer, negándome a la compañía de familiares y amigos. Una tarde salí a caminar desesperado, pensando porque la muerte fue tan benigna con Elena llevándola cuando ella lo pidiera, pero no hacía lo mismo conmigo que también lo pedía. Me senté en una plaza no

sabiendo qué hacer, salía a la calle porque la casa me ahogaba y afuera todo me era molesto, el ruido, las conversaciones, las bocinas. Una señora se sentó cerca con dos pequeños, el mayor puso sus juguetes en el banco y feliz canturreaba mientras autitos y súper héroes se mezclaban, el menor, desde el cochecito comenzó a llorar, la mujer lo levantó, puso el chupete en su boca, pero el niño berreaba cada vez más fuerte, me incomodó tanto el canto de uno como el llanto del otro y me fui casi huyendo.

Desde varias cuadra divisé el puente que cruzando el río hacía más rápida la circulación vehicular, recién inaugurado, era la joya de la ciudad que lo reclamara desde tiempo atrás. Tendría unos 30 metros de alto, era una estructura iluminada y hermosa. Vino a mi memoria el día de la inauguración, después del acto oficial, Mauro, Elena y yo, como tantos otros, habíamos cruzado en el auto para comprobar que rápido llegábamos a la otra orilla del río, en la provincia vecina, contentos por el progreso que significaba íbamos riendo y bromeando. Ese recuerdo fue la gota que le faltaba al vaso de la desesperación. Caminé hacia el puente dispuesto a llegar al centro, la parte más alta y arrojarme al río. Antes de llegar, sobre el pasto, la espalda apoyada contra un árbol, un chico de unos diez años se hallaba sentado. Lo vi sin verlo como a casi todo, más no sé por qué volví a mirarlo en el momento que él se percataba de mi presencia y nuestros ojos se encontraron. Se paró y caminó hacia mí, sin saber por qué me detuve

-¿Puede darme dinero para comprar algo que comer?- Miré el reloj, eran las cuatro de la tarde

-¿No almorzaste?-

-No-

-¿Qué haces solo acá?-

-Ando por todos lados, camino, me da lo mismo cualquier lugar-

-¿Tu familia?-

-No tengo-

-¿No tienes o no quieres que te lleven con ellos?-

-No tengo. Mis padres eran paraguayos pero yo nací acá, al tiempo mi papá volvió a Paraguay y no regresó nunca a buscarnos, hace tres meses murió mi mamá y quedé solo. Tengo tíos y primos allá pero no sé la dirección, no teníamos mucho contacto con ellos-

-¿Seguís viviendo donde vivías con tu mamá?-

- No, apenas el dueño de la pieza que alquilaba mi mamá se enteró me dijo que tenía que irme y me fui, tenía miedo que me llevaran a una casa de huérfanos-

-Allí tendrías quien te cuidara, casa y comida-

-No me dejarían salir. Prefiero estar solo, duermo donde puedo y como lo que me dan. Hoy no comí porque no pasó nadie-

-Toma- Le di dinero suficiente como para comprar algo

-Gracias. ¿Ud. vive lejos de acá?-

-Algunas cuadras-

- ¿Qué hace, sale a caminar o iba a subir al puente? Mucha gente llega hasta arriba y se queda mirando el paisaje, yo también subí, se ve muy lindo desde allá-

-Sí, iba a mirar el paisaje- Mentí

-¿Usted tiene familia?-

-No- A esta altura de la conversación me había sentado a su lado sobre un tronco. Lo miré con detenimiento, delgadísimo, su piel era de naturaleza muy blanca, pero tan maltratada y sucia que no se sabía muy bien, tenía los ojos claros. Se notaba que carecía de todo, comidas, cuidados y cariño

-¿Cuántos años tienes y cuál es tu nombre?-

-Mi nombre es Cristian y tengo 11 años-

-¿Hace mucho que estás solo?-

-Mi mamá murió hace tres meses y desde entonces…-

-La conversación está muy buena, pero vos todavía no comiste, así que vamos a la plaza- Señalé el camino por donde yo había llegado- ¿La conoces?-

-Claro, conozco por todos lados, si estoy siempre en la calle- Sonrió

-Bien, frente a la plaza hay un quiosco grande, puedes comprar allí-

- Bueno, vamos- dijo, caminando a mi lado como viejos conocidos. Cruzó al quiosco y regresó con un emparedado de salame y queso, yo lo esperaba sentado en un banco, preguntándome por qué había desandado las cuadras que hiciera con el firme propósito de llegar al puente. Cristian se sentó a mi lado, comía y hablaba de todo con entusiasmo, casi alegría. Lo miré y pensé:

-Si supieras que acabas de salvarme la vida y el alma- Yo venía de familia católica, mi madre nos instruyó en eso a mi hermano y a mí llevándonos a misa. Cuantas veces la oí rezongar a mi padre porque él, aunque creía en Dios, se resistía a pasar todas las mañanas de domingo en la iglesia. Cuando Esteban, mi hermanito de 9 años contrajo meningitis y murió, creímos que ella se derrumbaría, pero su Fe la contuvo. La resignación ante la voluntad divina hizo de ella una mujer más callada, más triste, pero siguió adelante, sobrevivió 20 años a Esteban, hasta que joven aún, Dios la llamó, se fue agradecida de haber tenido tiempo de verme con una profesión, casado y conocer a su nieto. Recordando todo eso pensé en sus enseñanzas, entre las que estaba lo sagrado de la vida, la propia y ajena, era tan pecado matar como matarse

-¿Cómo no recordé eso?- Me reproché pensando en lo que había estado a punto de hacer y sintiendo vergüenza de ser tan cobarde, por no haberme reflejado en el ejemplo de mi madre que había sufrido tanto como yo. Cristian seguía hablando, no sé de qué porque sumido en mis pensamientos no lo escuchaba

-¿Qué harás ahora?- Pregunté

-Iré a mi casa, queda lejos, así que mejor empiezo a caminar-

-¿No dijiste que no tienes casa?-

-No tengo, le digo casa al conventillo en el que vivíamos con mi mamá, allí viven amigos y siempre alguno me da un lugar. Mi amigo más amigo es Pedrito, íbamos juntos a la escuela y vivíamos en el mismo patio, pero no puedo quedarme siempre con ellos porque son seis hermanitos, él es el mayor y la pieza es chica, algunos duermen en la cocina. Me tiro en el galpón del fondo, es una pieza que usan los vecinos para guardar cachivaches. Son gente buena, hace mucho que viven ahí, nos conocemos y ayudamos, pero nadie puede tener una boca más porque son muy pobres, por eso para comer me las

arreglo solo, a la noche voy a dormir y si no tengo ganas de caminar duermo en un banco. Si mañana usted viene a la plaza nos encontramos y seguimos hablando, ¿quiere?-

-Sí…, sí- Tartamudeé, no salían las palabras. Lo vi alejarse recogiendo piedritas que arrojaba a la fuente de la plaza. Me quedé mucho tiempo sentado, pensando.

-¿Este chico habrá aparecido por casualidad? La casualidad no existe dicen los que saben. ¿Será un ángel que Dios me envió para impedirme hacer lo que pensaba hacer? Todo es tan extraño, ni lo había visto, no sé por qué volví a mirar en esa dirección, de no haber sido así ahora estaría muerto, porque mi decisión era firme, pero este rato que pasamos juntos, su alegría, las ganas de vivir que le salen por todos lados, me hicieron recapacitar, tuve tiempo de recordar a mamá, quizás ella lo envió, ella que no solo jamás se habría suicidado sino que vivió su desgracia con ejemplar resignación y fe-

Al día siguiente regresé a la plaza, Cristian no estaba, más al rato llegó, con sus zapatillas rotas y la sonrisa grande.

-Hola, ¿cómo está? Cuando iba ayer caminando me di cuenta que no me dijo su nombre-

-Federico- Respondí- ¿Comiste?-

-No-

-Siéntate, te traje esto- Saqué un envase de la bolsa, lo abrió y se iluminó su rostro

-Milanesa, ¡qué rico! Cuando mi mamá cobraba en su trabajo me hacía con papas fritas, es lo que más me gusta-

-Estas son con puré y no son caseras porque yo no cocino-

-¿No sabe o no le gusta?-

-Las dos cosas, nunca fui muy hábil para eso y tampoco me gusta demasiado, aunque cuando tuve que cocinar lo hice, pero ahora que estoy solo compro comida hecha-

-¿Hace mucho que está solo?-

-Un tiempo- Evadí la respuesta, no estaba preparado para hablar del tema, así que la conversación tomó otros rumbos. Los días sucesivos nos encontramos en el mismo lugar. Una tarde llegué con dos bolsas, una con comida y otra con ropa, le había comprado pantalón, remera, zapatillas, ropa interior, sus ojos se abrieron desmesurados por el asombro.

-¿Para mí?-

-Claro-

-¿Por qué?-

-Porque somos amigos, ¿o no?-

-Sí, creo que sí, me gusta mucho hablar con usted- Una noche, en la soledad de mi cuarto, pensando en él, se me ocurrió que podría adoptarlo, ambos estábamos solos, nos haríamos mutua compañía, más enseguida deseché la idea.

- Apenas lo conozco- Pensé- ¿Y si lo mandaron, si un amigo suyo me conoce y sabiendo lo vulnerable que estoy lo instruyó con intención de robarme o facilitarle la entrada a los adultos? También está la posibilidad de que tenga algún familiar de quien esté escapando. Puedo meterme en muchos problemas si me acusan de secuestro o pedofilia. Mejor es que lo ayude sin mezclarnos- Al día siguiente lo invité a mi casa para

que se bañara y llevarlo a la peluquería, el cabello estaba muy crecido. Lo esperaba otra muda completa de ropa

-¿Otra me compró?, si tengo ésta- dijo estirando la remera.

-Sí, pero hay que lavarla, esa ya está muy sucia, ¿qué hiciste con lo que tenías antes?-

-Las zapatillas no servían más, el pantalón se lo regalé a Juancito, el hermano de Pedro, a mí me quedaba corto-

-Ahora dejarás la que tienes puesta acá para lavarla-

-¿Usted la va a lavar?-

-No, llevo todo al lavadero- Al salir de la peluquería era otro.

-Qué lindo chico- Pensé- Hubo que escarbar bajo la mugre para que se vea. Ojalá con su alma pase lo mismo y esté tan limpia como su cuerpo- Cristian no me daba motivos para desconfiar, más yo no me entregaba del todo, iba muy paso a paso. Después de un tiempo me atreví a buscar la dirección que me había dado. Llegué al conventillo y en vez de preguntar por él lo hice por Pedrito, por lo que contara era casi lo mismo y resultó que existía, como todos los vecinos a los que nombrara, eran gente muy carenciada, pero cada cual cómo podía se ganaba la vida trabajando, eso me dio más confianza y pregunté por él. Hablé con varias personas, el quiosquero, el carnicero, como al pasar preguntaba, hasta llegué a decir que era pariente del padre. Todos me contaron la misma historia que contara Cristian, el paraguayo que regresó a su país dejándolo a muy corta edad, la madre que sola lo criara hasta su muerte poco tiempo atrás. Coincidían los datos y las opiniones, no mentía. Transcurrieron varios meses, terminaron las clases, pasaron las vacaciones e iban a comenzar otra vez, sin decirle nada averigüé en una escuela cerca de mi casa.

-¿Tienes documento Cristian?- Le pregunté.

-Claro, los tiene doña Imelda, la mamá de Pedrito, era muy amiga con mi mamá, es buena y me quiere, pero no puede hacerse cargo de mí, aunque el marido trabaja como portero en una fábrica y ella limpia casas igual no les alcanza la plata, además no hay lugar, ya le conté que algunos duermen en la cocina. Cuando mi mamá murió ellos se encargaron de los trámites para el entierro, los primeros días me quedé, pero comencé a salir a la calle a buscarme la comida solo, me di cuenta que aunque quieran no pueden tener una persona más. Doña Imelda guardó los papeles importantes como mi documento, ¿por qué pregunta?-

-Si lo tienes mañana tráelo, te anotaré en la escuela, ¿quieres?-

-Sí, quiero ir a la escuela- Se mostraba feliz por la noticia, aunque con él dudaba, siempre parecía feliz. Era esa otra de las cosas que me intrigaban, ¿cómo un chico con tantas necesidades, viviendo penurias hasta en lo más esencial, podía estar siempre con una sonrisa? Lo anoté en una escuela próxima a mi casa, todos los días, al salir de clases iba a comer conmigo, le ayudaba con las tareas escolares, miraba televisión un rato y se iba al conventillo, a pesar de no tener ninguna queja de él no deseaba que se quedara, era como traicionar a Mauro dándole a otro su cuarto y su lugar en mi vida. Quería protegerlo, pero yo mismo levantaba un muro entre los dos sin saber el motivo. Nunca fui un hombre tan desconfiado, pero la circunstancia en la que nos conocimos creaba mis

dudas. Cristian puso de manifiesto su capacidad y predisposición para el estudio. Pasó el año escolar y al llegar el receso de verano recién entonces, tomé la decisión de traerlo a vivir a mi casa, aunque nunca lo adopté formalmente, no fue mi hijo legal, más lo fue en sentimientos, en el amor paternal que se ganó con el cariño que me demostró a través de los años. Él se convirtió en apuesto joven y yo envejecía normalmente aunque no solo ni triste. Cristian trajo luz a mi vida devolviéndome la risa y las ilusiones

-Ya no moriré solo- Me decía y esa idea me confortaba. No pude ver a Mauro recibir su título universitario, más en su lugar, se me permitió acompañar a Cristian. Lo vi casarse y un día entrar a casa trayendo un pequeño y a la esposa que tímida sonreía. Puso al niño en mis brazos

-Federico, él es tu abuelo- Sentí que las piernas no me sostenían por la sorpresa y emoción de que me hubiera hecho el homenaje de ponerle a su hijo mi nombre y sobre todo por la última palabra “ABUELO”, yo, que hacía años renunciara a esa gracia, así, de pronto, tenía otra vez la familia soñada y lo más importante: un nieto

Manuela Cesaratto

Bell Ville – Córdoba – Argentina

Distante

Y se apagaran las luces,
y se cubrirá de hastío,
y se ensombrecerá la noche,
en la soledad del mundo.

Desierto que cruzas los mares,
incógnita humana,
que me desvelas,
volverás conmigo,
para no irte más.

Sancho

Volaban las letras junto al plumín,
divagando en el subconsciente,
tras metáforas del intelecto,
Sancho creaba sus personajes tan vividos.
Como parte de su existir,
por los caminos andados,
junto a sus compañeros,
se posaba en sus relatos.
Como parte de un todo,
sobre las páginas escritas,
se imponía el mismo a una época,
de incomprensión.
Con una visión surrealista para el lector,
pero a su vez tangible,
en el pensamiento humano,
creador del ensueño hecho realidad.

María Cristina Chiama

Laboulaye – Córdoba – Argentina

En Old *Baileys*

Lila Oriola siempre se había sentido atraída por las historias irlandesas. Proveniente de Choele Choel y criada en medio de colonos irlandeses, ya fuera en la escuela como en la calle, sus amigos le traían retazos de esta cultura. En algún texto leyó que en esas historias las palabras son filosas como las rocas de su geografía ríspida y árida, ya que pertenecen a una estirpe de seres víctimas de hambrunas, exilios obligados y luchas por la libertad. Tal vez esa razón la llevó al sur, a esas tierras un tanto parecidas a aquellas del Océano Atlántico Norte. Llegó a Puerto San Julián hace años, buscaba trabajo y alejamiento de una oscura historia familiar que perdió su importancia en tanto el tiempo hizo su trabajo enhebrando olvidos. En la hostería Old Baileys justamente encontró el empleo que necesitaba y sabía hacer: cocinar para los clientes y para ello, contaba con una ayudante de cocina además de vivir en contacto con un mundo, que por una alguna razón, había deseado conocer a fondo.

Rory Kindelán, su dueño, un hombre de cabello rojizo, ojos claros y rasgos criollos la recibió y trató siempre con respeto. En la municipalidad de San Julián, le habían hablado sobre Old Baileys al llegar e interesarse por el puesto de cocinera que se ofrecía en la hostería: "Allí vive el nieto de un irlandés que llegó a Chilecito en la época de la mina de oro, La mexicana (como ella abriera enormes sus ojazos para preguntar qué, seguramente le aclararon), era la mina que explotaban los ingleses en el Cerro Famatina de La Rioja. La dejaron antes de estallar la primera guerra, ya no podían mantenerla. Además, tiene que conocer a su dueño porque hace un baileys exquisito. Se llama Rory. Ah, Rory significa Rojo. Se siente muy orgulloso porque lo bautizaron con el nombre de un rebelde irlandés del siglo XVI, Rory O' More."

Y le enseñó a hacer el Baileys de la forma más simple y le gustaba mucho cómo sabía. Trabajar en la hostería resultó grato y apacible, no lo sentía como un trabajo pesaroso. Una noche se quedaron hablando y bebiendo el licor. Cuando llega el invierno la vida es muy dura por la falta de luz solar, entonces la gente se recluye junto al fuego, se ensimisma, recuerda y si tiene con quién surgen relatos. La ayudante de cocina se había retirado temprano. En un ambiente casi íntimo el señor Kindelán le hizo ciertas confidencias, tal vez por la buena relación que mantenían o porque intuía en Lila una disposición a escuchar.

Le contó entonces que en las costas de Irlanda suelen hallarse selkies: "Son criaturas con el extraño don de poder deshacerse de su piel de foca y transformarse en mujeres muy lindas. Una vez que esto ocurre, ocultan su piel de foca cerca del mar, entre las rocas, de manera que ningún humano pueda hallarla- Lila miraba el fuego, el chisporrotear entre los leños- Algunos allá dicen que, si un hombre encuentra la piel de foca, puede exigirle a la selkie que se convierta en su esposa. Si ese es el caso, el esposo es ahora quien debe

esconder muy bien la piel. Si la selkie llegara a encontrarla, debe abandonarlo y regresar al mar, aunque quiera permanecer en tierra junto a él. Sé de una historia que sucedió aquí. Las semejanzas entre una y otra zona tal vez acercaron los hechos que deseo relatarte: parece ser que el viento, el frío, el empecinamiento del duro mar embrujó a un joven. Todo se había conjugado para que una historia migrara y fundara nuevo territorio en esta bahía. Poseído por vaya a saberse qué, este joven se acercó a una foquita y la despellejó. Media hora tardó en salir de su letargo y, cuando vio sus manos llenas de sangre, sintió asco de sí mismo. Muy cerca descubrió aquella piel blanca abandonada en la arena húmeda. ¿La habré matado, soy yo su asesino?, se decía mientras lloraba desconsoladamente. Pero a pesar de los esfuerzos realizados por recordar, no lograba traer ninguna imagen a su caótico presente. No sabía el muchacho que no había despellejado a una foca cualquiera. Llevado por los remordimientos, siguió el reguero de sangre hasta encontrar a su víctima que, agazapada entre unas rocas, escondida tembló al verlo. Él llorando arrepentido, le dejó la piel y escapó rápidamente", concluyó Rory.

- ¿Y ella? ¿Se repuso?

-Tal vez…

- ¿Esto ha pasado realmente aquí en San Julián? - dudó Lila de la historia melodramática y sangrienta.

- No, es evidente que no, no hubiera podido despellejar a nadie nunca…

- ¿Quién señor Kindelán, de quién está hablando?

- Esa es la historia que se cuenta de seres mágicos como selkies.

- ¿Usted ha visto selkies?

Y el aliento del hogar quedó suspendido en la quietud de la sala de estar. Por los postigos insistía el viento, pero eso para Lila era una cuestión rutinaria.

Al otro día llegó a la hostería una pareja de jóvenes; venían con frío, en verdad que este era un otoño desapacible como pocos en la zona y, a Pedro Castillo y a su compañera Sara Casso les pareció un duro invierno. Durante el viaje en la ruta tres les habían sucedido cosas para pensar y hablar sobre la imposibilidad de llegar a destino, como la de encontrarse con una camioneta que ya no arrancaba a pocos kilómetros. Es así que ayudaron a personas varadas en medio del desierto patagónico. Neneo y coirón repetía Sara, con un tono irónico poco aceptable para un nativo apegado a su tierra como era Pedro, exiliado de ella por razones de trabajo. Esa cosa de la tierra, murmuraba Sara. No sabés qué es la tierra, no conocerías más allá de la General Paz si no fuera por mí. Sos la porteña típica, la que nombra a Buenos Aires como Capital y con tonito de que el resto queda fuera, le sacudía él. Y vos, el provinciano resentido, mi amor, una pena, te falta aire cosmopolita, agregaba ella con tono de magíster en ciencias urbanas.

Así venían por la ruta tres, cuando vieron una camioneta que ya no arrancaba, cerca de Puerto San Julián. Todavía tenían 40 kilómetros por el ripio. Uy qué garrón, con esta sequía, el polvillo se levanta con agresividad. A pesar de ser oriundo del lugar, a Pedro le molestaba el polvillo. Los de la camioneta varada venían de Puerto San Julián, estaban desconcertados por el mal estado del camino, decían que no se habían quedado antes

gracias a alguna protección del cielo; se trataba de una familia, aprovechando esos días de fin de semana largo para conocer otros paisajes, venían de La Pampa. Por suerte, la ayuda no se hizo esperar y ellos pudieron regresar, algunos en la camioneta del auxilio y otros en un micro que se ofreció a acercarlos hasta una terminal. Igualmente estaban muy contentos con lo que habían visto y les recomendaron un lugar en especial.

- ¿Cómo se llama el sitio? - preguntó Pedro entusiasmado con conocer algo interesante.

-Hostería Old Baileys- apuntó rápidamente la mujer.

-Bien, ¿cómo lo hallamos?

-En la calle Charles Darwin, al 200 creo, cerca de la estación de servicio, es fácil ¿No viajan con GPS?

-Claro que sí, hasta pronto y mejor regreso.

- ¡Suerte!!!!!!!!!!!!!!! Y se marcharon.

Sara aprovechó el baño desocupado y limpio para darse la ducha de su vida mientras *Old Baileys* con su arquitectura de chapas acanaladas, típica de la zona, apaciguaba sus sonidos. Solo le llegaba algodonada la voz de Pedro hablando con Rory Kindelán. Era más de media noche y se le coló un murmullo por la ventana que miraba a la bahía. ¿Gente cantando tal vez, gente que aprovecha el silencio de una noche en Patagonia? Parecía que la tierra deshabitada contara historias por millares. Una atmósfera de credulidad lo sometía todo. *Por más que Sara buscara entre las olas al llegar a la orilla o las olas al irse no percibía más que el murmullo. La luna rielaba y las voces ascendían, se enroscaban en la arena*. La medianoche, preñada de susurros, colgada en sus orejas como aros. Era eso, un silencio acorralado en sus aros con historias dichas a medias, ininteligibles. Sara abrió la ventana y pensó ¡Esto es la soledad! Entonces pulió palabras, a ella que tanto necesitaba escribir, tomó su Tablet y estampó: *Quien escribe desova, se sumerge, se transforma en pez.* Sara era una convencida de que escribir es acechar la palabra que falta, ir hacia la piel sin caricias hasta recuperarse. Inauguremos la esperanza- se repitió con fuerza. Cerró la ventana. Era hora de dormir. Y lo hizo tan profundamente que *deja de sostenerse sobre el mar. Sara acaricia sus piernas recién estrenadas, pocas mujeres podían darse este lujo, un par de piernas perfectamente torneadas. Sara extiende el brazo y se toca las piernas, está feliz estrenando piernas a cambio de piel; debería olvidar la piel, que emigre con el mediodía porque el medio del día se abate solo de luz, espléndido. Concluye que está sola, ahora que tiene piernas podrá amar de verdad, podrá ser inundada de semen tibio, de besos, su cuerpo se convertirá en vasija blanca, sombrío por dentro, se estremece, ondula y apenas se detiene, pero no, nuevamente hurga entre las piernas y el derrame de miel la toma por sorpresa: una caricia húmeda, un camino dorado y un sol oscuro a la vez, la palpitan en medio de caracoles encendidos* ¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyyyy! Y despertó sorprendida, buscando la playa. Pedro la sostuvo para que no saltara de la cama y cayera al piso.

- ¿Qué pasa mi amor? Casi llegás al techo de un salto… ¿Estás mejor?

-No fue nada, un sueño, mañana lo escribo, ah, ah, estoy tan cansada, me pesan las piernas, no puedo moverlas casi.

-No tenés nada que andar, vení abrazate fuerte que aquí está tu Pedro de piedra, dormite mi nena…-Cuando la sintió vencida, se durmió él también.

*La playa en penumbra con el sonido de la brisa en los caracoles que, en vez de hablar, cantan. Sara pinta de azul una caracola en la pared de una gruta que intuye profunda, una grieta filtra luz de un dónde inexplicable. Sara se coloca una túnica para cubrir un tanto las piernas nuevas, apenas roza su pelo oscuro larguísimo, de siglos sin tijeras. Se siente fatigada, esa maniobra diáfana de su cuerpo como si obedeciera a una marcación anticipada…*Se tira del pelo sentada en la cama y mueve las piernas con mucha fuerza. Pedro la apacigua con caricias, le habla suavecito. La besa en los hombros, en el cuello, le entibia las manos.

-Tranquila ¿Te preparo un té de yuyos? El viaje fue un plomazo de largo. Pobre mi Sara tan urbana. Estás destrozada por el ripio, te quiero mucho, te quiero.

Después del desayuno Rory Kindelán los retuvo en la recepción con su charla. Era un hombre vivaz y de buena conversación; a Pedro Castillo le recordaba a su amigo de la primaria, muy bueno para relatar las películas vistas durante el fin de semana. Rory al igual que aquel compañero, daba un sabor atractivo a sus relatos. Esa mañana en especial, se lo notaba con ganas de hablar.

-Señor, Kindelán, usted proviene de una familia que habrá guardado historias a más no poder ¿no?

-Uy, si les contara. Tal vez el frío y las dificultades de mi pueblo por el lado paterno, hicieron que nos forjáramos en creencias muy interesantes y no por mágicas menos ciertas. Mi abuelo Kindelán era de hablar mucho, no así mi madre que era callada como mi abuela, muy criollas y de espaldas vencidas por el arduo trabajo de siglos- contestó Rory con la mirada en otra parte, muy lejana - ¿Caminaron por la bahía? ¿Saben que pueden llegar a la gruta? Allí creo que escucharán historias. Hay que afinar el oído.

A Sara la turbó algo indefinible. Pedro permaneció expectante, le entusiasmaba la idea de la magia, pero…

Sara y Pedro salieron caminando rumbo al mar. Al llegar a la playa, se sintieron libres, a sus anchas; por el mal tiempo apenas se veía alguna que otra persona con su perro o simplemente mirando la lejanía. A Sara le pareció un regreso ¿Las playas de su infancia durante los veraneos? Tal vez ¿no? *El sosiego que deja la marea al bajar cuando se retira de puntillas la llena de intriga, mira a los ojos a su Pedro y la sorprende un aura azul como el del caracol recién pintado en la gruta. Él tiene un aliento de sal, no pasará frío en mis brazos, lo arrullará el susurro de los caracoles. Una vez en la gruta se aman desesperadamente ¿Sara, tan urbana, haciendo el amor sobre la arena húmeda y fría? -se pregunta Pedro. Es la primera vez y alcanza a verla entre sus brazos con una fuerza nueva. Sara acaricia el cabello de su Pedro y algo dice que él no entiende del todo ni necesita entender. Al atardecer se despereza entre los brazos de su hombre que pareciera casi*

acunarla, es un cuenco pleno de almizcle. Este Pedro es también músico, celebra sonidos celtas con los caracoles, los enciende de noche, no hay temor en la orilla de marea alta si él atiza caracoles, lee su música y repiquetea la gruta al son de gaitas lejanísimas. No se hacen preguntas entre ellos, no indagan qué está sucediendo, pero cree haber descubierto la razón de las voces en ascenso de la primera noche.

Cuando Rory Kindelán vio llegar del viento y el frío a Pedro abrazado a Sara, atizó el fuego del hogar y les sirvió rápidamente un café irlandés para que entraran en calor.

- ¿Y? ¿Qué tal el paseo? ¿Cómo les fue?

Pedro y Sara mostraron cierto pudor, no podían contarle a un desconocido que se habían amado en la gruta, que durmieron, en fin. Optaron por el silencio y se miraron un tanto desconcertados ya que era noche cerrada. Evidentemente Rory se dio cuenta de que la pregunta era poco atinada y entonces les sirvió de su Baileys que sabía exquisito. Además, trajo unos tostados de la cocina.

-En la gruta nunca se está solo del todo-arrojó con intención.

Y les alcanzó un sobre con fotos a sus huéspedes. Aquí hay cuatro fotos, ¿Qué ven?

Pedro y Sara se miraron como preguntándose con la mirada. Después de la larga excursión y el día intenso en la gruta no habían pensado quedarse levantados, pero era evidente que Rory necesitaba hablar. Lila también cansada, deseaba meterse en la cama. La historia de la foquita mujer se le había acomodado en el cuerpo, pero no la llenaba de inquietud. En la cocina Lila pensaba en todas estas cosas cuando escuchó la voz de Sara describiendo lo que veía en las fotos.

-En la primera, dos naves se acercan a la bahía. En esta otra, a ver que está medio movida, ah, las naves se estrellan contra las rocas ¡El impacto es brutal, además la bahía no parece ser la misma de la foto anterior, el agua está endemoniada!

- ¿Qué más Sara? - asestó Rory.

- En esta otra foto hay focas ¿devoran a los marineros? ¿Puede ser una cosa así? Al menos eso se ve. La imagen está fuera de foco. Lo extraño es que lo que sí está bien delineadas son las pisadas sobre el costado izquierdo, mirá Pedro. Son raras, no son de pies, parecen aletas…Es extraño.

-No, si las focas tienen los pies y manos así. Seguí Sara por favor.

- ¿Las focas? Hoy no vimos focas en la bahía…Uy la última foto…la costa de la bahía repleta de huesos y otra vez la huella de las pisadas como aletas en primer plano, ahora en el costado derecho

- ¿Esto sucedió en esta bahía? ¿Cuándo? -Inquirió Pedro bastante impresionado por la secuencia de imágenes.

Fue un segundo apenas lo que tardó Rory Kinderlán en quitarse las pantuflas de abrigo para mostrarles las aletas, incluso llamó a Lila que vino de inmediato desde la cocina para escucharlo:

-Olvidé contarte que no son solo mujeres los selkies, pueden convertirse en hombres también.

Rosa Lía Cuello

Cañada de Gómez – Santa Fe – Argentina

Miradas

Hay días que son así, con ese gustito de querer desentonar con la vida. Y hoy es uno de esos. Dejame que te cuente por qué. Se nos enfría el café que pedimos bien cargado, sólo como un acto cotidiano.

Sé que vas a irte en cualquier momento y necesito que no lo hagas. De qué sirve ese gesto angelical, mirada al fin que me hace suponer que no se perdió todo.

Te costó dejarme sentar en tu mesa, leí en tus ojos un no sé qué. Tal vez pasó un segundo de recuerdos por tu cabeza que permitió que me indicaras la silla.

Sentiste pena, no lo niegues, me miraste seria como si no me conocieras. Corrí la silla y me senté como si fuera el último acto de mi vida. ¿Por qué tengo esa manía de teatralizar todo? ¿Por qué no entiendo que la vida es esa obra de teatro donde estábamos interactuando, y yo, de pronto, me crucé al teatro de enfrente y te dejé sola en el escenario?

Te dije que quería explicarte el malentendido, respiro hondo, y se me amontonan todas las palabras en la garganta. Me viene a la memoria aquella tarde.

El café se enfría, te digo. Sí, ya sé que nadie va a morir por un café frío, pero yo me estoy ahogando con las letras que se me atraviesan. ¿Y si no me comprendes? ¿Y si ya no te importo?

Inútil el gesto de querer tocar tu mano, la mirada feroz que me brindás se esparce por todo mi cuerpo y siento cien cuchillos rebanando lo dicho en mi garganta. Retiro mi mano y la coloco sobre el sobrecito de azúcar que no usaste. Tu mirada rueda hasta la ventana y se desliza a la calle.

Te hicimos una broma, te digo. Siento que me hundo en un pozo oscuro. Que me crea, porque es verdad. Que me crea.

Ah, me contestás, que lindo gesto. Y otra vez me quedo sin palabras, me las trago y las siento caer en mi estómago. Entonces tus ojos verdes vuelven a encontrarse con mi mirada y veo ternura en la tuya. Tal vez no la haya. Igual ellas hacen un esfuerzo patético, suben, suben, suben y otra vez se aglutinan en mi garganta.

Salen casi sin ruido, se enredan en mi aliento, entonces te cuento que aquella tarde te vimos llegar y decidimos sacarnos las remeras, tu amiga, Pablo y yo, para que pensaras lo peor, y nos tiramos los tres en el mismo sillón.

Cuando abriste la puerta la historia tomó otro camino. No sé qué diablos habíamos imaginado que harías. Pero pusimos un gol en contra en el arco de tu confianza. Te fuiste sin que pudiéramos explicarte, la risa se nos congeló en la comisura de los labios.

Salí, pero ya no estabas. Presumo que tomaste un taxi para alejarte, y en estos dos meses no atendiste el teléfono, tu madre no me saludaba, y yo me sentí tan pobre tipo…

Perdón, te digo, fui un tarado. Esta es la parte más difícil porque me seguís mirando y yo descubro de repente que otra vez se me muere el discurso. No me importa todo lo que ensayé frente al espejo, no dije ni la mitad y me siento tonto.

Entonces vos me tomás la mano que antes rechazaste, mientras me agradecés. Cae el telón sobre mi cabeza. Quiero que te tragues tus palabras, pero vos seguís diciendo que, gracias a lo que hice, descubriste que en realidad querés a Pablo. Y te brillan los ojos de alegría, mientras yo repleto de vocablos no dichos, me tomo el café helado, me levanto, voy al mostrador, pago, siento tu última mirada de pena en mi espalda y hago mutis por el foro para que no me veas llorar…

Lidia Dellacasa de Bosco

Rafaela – Santa Fe – Argentina

Apocalipsis

Afuera era el silencio. Un silencio estridente que penetraba en los oídos como un puñado de flechas certeras. Era silencio, pero al mismo tiempo era sonido letal, en estado puro.

Por momentos, el ruido del silencio se atenuaba hasta convertirse en una marea turbia que penetraba en el cuarto y le producía una sensación de extraño desequilibrio. Él lo percibía desde el montón de escombros en el que había caído. Después de un largo desmayo, ahora meditaba en medio de una confusión que por momentos lo hundía en la desmemoria de lo sucedido.

Afuera había sido el caos. Primero, el sonido agudo de los aviones que desgarraron el cielo de la tarde. Al instante, los misiles que quebraban la tierra y la llenaban de astillas incontables. Los estallidos. Los gritos de terror. La huida de la gente. Una catarata de llantos y pedidos de auxilio. Las sirenas… Otra vez las bombas. El ruido ensordecedor de las sirenas. Las ambulancias. Los socorristas en desesperada tarea. Los edificios pulverizados en infinitos desechos. El fuego indomable de los incendios. El apocalipsis…

Salió con esfuerzo de la maraña de escombros que había sido su casa y ahora corría sin rumbo fijo. Se veía a sí mismo huyendo de todo y sin destino final. O sí, había un destino. La buscaba a ella.

Se habían conocido unos meses antes en un concierto. La música que amaban los unió mientras el mundo todavía mostraba un orden aparentemente normal, aunque ya se percibían en el aire los presagios del horror.

Salieron juntos varias veces, siempre a algún concierto. En el último encuentro gozaron con Vivaldi y Beethoven. A la salida del teatro, caminaron tomados de la mano hacia el puente que les devolvió la imagen serena del río al anochecer. En el agua que fluía silenciosa, el amor fundió en una sola sombra el reflejo de las dos siluetas…

Los recuerdos se enturbiaron. Ahora, afuera era sobre todo el silencio. Sólo de tanto en tanto, el ruido ensordecedor de algo que se derrumbaba, que acababa de morir. Más allá, el crujido lastimero de alguna viga que sacudía el viento. Después, otra vez la tenebrosa oquedad del silencio, la nada. Él tenía la extraña, terrible sensación de no hallar a nadie vivo en su huida. Nadie en las calles que ya no eran calles, sino un laberinto monstruoso de ruinas, cuerpos, ojos muertos, aterrados, fijos en un cielo cubierto por una espesa neblina gris. Ni un gemido. Ni un grito de vida. Ni un animal errabundo. Ni un ave. Sólo destrucción y muerte. Hierros retorcidos. Un viento gélido, escalofriante y artero. La atmósfera espesa, poblada de llamaradas que aquí y allá convertían a la ciudad en un infierno desolado.

Se sintió perdido para siempre en un mundo que ya no era. Aturdido, no recordaba dónde vivía ella, o si lo recordaba, estaba seguro de que no podría llegar en medio de las ruinas de un planeta que imaginaba completamente devastado. Palpó sus bolsillos buscando el teléfono, pero no lo encontró. Aminoró de a poco la marcha, la frenética carrera hacia la salvación. El silencio opresivo volvió a taladrar sus oídos.

Se echó por fin, vencido, entre los restos de lo que había sido una casa. Pensó en la muerte. Se imaginó buscando su propia muerte porque la soledad que lo cercaba le haría imposible existir. Y en ese preciso instante, la revelación. La música se elevó lentamente, salía de alguna parte como un último y único hálito de vida. La melodía buscaba el cielo que ahora viraba a un morado intenso, a un negro y un rojo dantescos.

*…Vive soñando el nuevo sol en que los hombres volverán a ser hermanos…*Beethoven. "*Himno de la Alegría"*. Alguien acababa de hacer girar el disco y lo convocaba a vivir. Un frágil destello de luz se abrió paso entre las sombras del horror. Él sintió que lo encandilaba. O lo soñó. O lo deseó. Quizás todavía era posible recomenzar. La música le revelaba la presencia de alguien, de ella. Lo presentía con desesperación, en un temblor que lo recuperaba de la nada. No podía no ser ella…

Se levantó de prisa y corrió hacia la esperanza.

Rosario Isabel Diaz Ramírez

Lima – Perú

Pandemia

Cuarentena
ante mis ojos
te busco
coronavirus entre el polvo
te limpio con jabón y detergente
no respiro
no te veo, no te encuentro
pero tú estás ahí,
por eso no me descuido
me encierro, no salgo
escribo, limpio todo el día
me desinfecto
vigilo, todo lo que toco
aun así, escucho que hay más muertos
salen en camillas como astronaves cerrados
Llegó la pandemia
Llegó la locura
Llegó en un estornudo
la muerte, llegó,
la enfermedad a la vida
Pandemia, lloraré, llorarás, sino te cuidas.

Cuarentena

Salva mi vida
no saldré, no saldré de mi casita
respetaré las normas de una vez
y me desinfectaré, lo haré con cuidado
y me lavaré mis manos, con agua y con jabón
todas las veces que pueda.
Tu coronavirus
que coronas con la muerte
eres un virus no bienvenido
eres virus mortal exponencial,
las lágrimas en la ciudad la coronan,

pero venceremos con la integridad,
mal de estos tiempos entre los vientos
no te respiro, me cuido, eres el enemigo
de humanos, de ancianos los preferidos
por eso todos gritamos:
Estamos en cuarentena,
no salgas de tu casa
hoy respeta a tu prójimo
hoy llegó el enemigo, está por todas las calles.
es invisible, pero sí tú lo tocas, te enfermas
cuarentena te digo muchas gracias.

Apolo

Trae curación, protección
de las fuerzas malignas y plagas
de enfermedades, buen protector,
de la historia.

Las artes de arco y la flecha
protector desde lo alto en los cielos
el que brilla en el arte de guerra
en los bosques

Bello en la naturaleza
eres patrono de los oráculos
es del gran Oráculo de Delfos
es famoso.

Eres creatividad
Patrono en música, en poesía
en sabiduría perfección
un guerrero

Dios Hombre joven, sol
siempre desnudo y sin barba hermoso
cubres en manto, de arco, la lira
y con cuervo

En la purificación
Símbolo de inspiración profética
Símbolo de inspiración artística
de las musas.

El Cristo

Elevó mis manos al cielo
las alzó siendo el Cristo
y las alzó a mi padre que es mí y tu Creador,
hoy tú has venido, como buen orador
y tú ante mí, en oraciones, que soy el Cristo,
llegaste a lo más alto, a verme, para mirar al cielo.
Levanta tu mirada ante el cielo, ante el Cristo pues eres el hijo orador.

Silvia Durruty

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Quedáte

Perdimos todas las jugadas.
Agotamos cada reproche.
Despojados, rotos.

La brisa nos sorprendió, vencidos.
Susurró “quedáte”, “quedáte”, “quedáte”.
Ecos en las paredes deshabitadas de nuestro sueño.

“Quedáte”,
rebotó en las paredes, en las cortinas,
en el reloj, en el suelo de pizarra.
“Quedáte”, “quedáte”, “quedáte”.

Entonces el abrazo repentino,
entonces un despertar inesperado.
Los bordes de la ternura
se dibujaron nítidos
en el contorno de los espejos.

Y el reencuentro sucedió.

“Quedáte”, “quedáte”,
Justo antes de rendirnos.
Justo antes de marcharnos.
Justo antes de partir,
tristes y agobiados,
hacia ninguna parte,
de echar a andar hacia la nada.

Aniversario

Se levantó temprano, bastante nerviosa, por la noche la esperaba una ceremonia sencilla, en el marco de sus veinte años de casada.

No quería pensar demasiado. En realidad, le dolía un poco la cabeza. Prefirió dejar pasar las horas, no pensar ya en la cena, que había preparado el día anterior, ni en lo significativo de la fecha.

Ese viernes Eduardo volvía al atardecer. Y las chicas ya se habían ido a estudiar.

Almorzó liviano. Y decidió, lo mejor, sería oscurecer el dormitorio para dormir unas horas, y, recién después prepararse para la noche.

Esa tarde se durmió casi de inmediato al posar la cara sobre la almohada. Durmió. Durmió largo, durmió profundo, durmió por tantas horas sin dormir, durmió por cada insomnio, por cada preocupación, por cada sueño inquieto, durmió por angustias, durmió por todo el cansancio, por todos los esfuerzos, por todas las veces que hubiese querido y no pudo dormir, por todo lo construido, por todo lo trabajado, por todo lo amado, por todo lo ofrecido, por todo lo celebrado. Durmió, durmió, durmió. Largas y largas horas. Profundo, sin pausa. Ningún ruido, ninguna voz, ninguna necesidad de su cuerpo la despertaba.

Llegaron las chicas, llegó Eduardo. Quisieron despertarla. No pudieron. Fueron llegando familiares. Fueron llegando amigos. Nadie se explicaba qué le ocurría a Irene. Por las dudas llamaron al médico de la familia. Los más cercanos no atinaron a retirarse.

De a ratos, a su turno, se introducían en el cuarto, para verla. Y luego comentaban asombrados la metamorfosis que ella iba sufriendo. El rostro poco a poco comenzó a descontracturarse de un modo notorio. La piel comenzó a brillar de una manera tenue y fresca. El cabello emitía reflejos dorados y las escasas canas se retraían volviendo su pelo al color natural. El cuerpo se veía relajado. Las manos perdían alguna otra arruga o manchita que había empezado a aparecer. La mueca un poco tensa de la mandíbula había desaparecido, reemplazada por una incipiente y hermosa sonrisa.

Fueron consumiendo lo que ella había preparado para el Aniversario por los 20 años de casada, y demás alimentos de la heladera, de la despensa y no les alcanzaron. Tuvieron que comprar más.

Tres días con sus noches durmió Irene. Profundo y largo. Ininterrumpidamente. Dejando en cada tramo de ese sueño, cansancios, esfuerzos prolongados, pilas de platos, cacerolas, papeles, cuentas. Dejando atrás muchos asuntos por los que ya no quería seguir afligiéndose, dejando atrás las penas, los sinsabores, los momentos apretados, las maniobras cotidianas para salir adelante en todos los frentes que la requerían. Dejando atrás, tanto y tanto... Soñando y soñando. Renovando energías, para, sin saberlo emerger de una nueva forma.

Finalmente, Irene despertó. Se la veía bella, rejuvenecida, plena de energía. Se dirigió a sus hijas, riendo divertida, - ¿me quedé dormida? -, - ¿cuánto falta para que lleguen los invitados? -

Sonia Figueras

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Laureano

Hubo un día en que Pedro el de la casilla de al lado en donde dormía muchas veces me dijo y bueno Laureano te quedaste sin madre. Yo con mis pocos años igual no sabía lo que era una madre comparando con otros y supuse que era la que te bañaba sacaba los piojos te acomodaba una camiseta y un pantalón limpios y ponía en los pies algo para no lastimarme. Caminaba hasta llagar mis pies, aunque los cubriera con tela o algún cuero ya gastado. Ellos sabían de zapatillas o zapatos de otros los que no eran yo y de tanto caminar siempre los tuve lastimados.

Una vez entré a el almacén y el que mandaba me preguntó si iba a comprar no le contesté y al ver que miraba las alpargatas me dijo rápido cuestan 35 pesos. Cuánto, pensé, me miró y me dio dos panes. Sabía de la plata cuando la mujer madre contaba sobre la mesa los pocos billetes que traía y me daba un pan y otro día me dejó unas alpargatas un poco grandes viejitas enteras que yo me puse arrastrándolas un poco.

Iba seguido a la costa donde comía algo más que restos. Aprendí cómo unos hombres armaban en una caña un hilo fuerte con algo en la punta y sacaban del mar un pescado lo ponían sobre fuego y si me acercaba a ellos me ofrecían y me gustaba. Los que pescaban eran buenos.

Si lo pienso, no sé qué comía antes y quién me daba.

Ahora tenía ya cinco años y un poco más, era grande. Al de bigotes no me le acerqué y me preguntó fiero cómo te llamás y por unos días me aguanté el hambre y no fui hasta que me animé y ya no estaba, sólo el otro con cara seria, pero tenía cara de bueno. Me contaba de su vida, sus recuerdos que yo poco entendía.

No era como el Domingo que la gritaba a la que decía era mi mamá y ella me recomendaba me portara bien porque si el Domingo se enojaba cobrábamos todos, los otros pibes también y primero ella. Es lo que recuerdo.

¿Qué fue de mi vida? Caminaba por la ruta de la costa hasta que se me gastaron las alpargatas con los pies doloridos y me quedé una tarde jugando con los caracoles en el camino sentado sobre una piedra.

Fue una tarde de viento y arena que venía del mar con el acostumbrado frío en la espalda y los ojos rojos de tanto refregarlos en que paró un coche de tantos que pasaban y el que manejaba me preguntó qué hacía sentado en una piedra solo y le contesté tiempo.

- Tiempo ¿tiempo para qué?

Para que me muera como dicen le pasó a mi mamá.

- Subí, nene, trae tu bolsa.
- ¿A dónde? Le tuve miedo.
- Al coche.
- Subí.

Le desconfié, pero subí. Le hice caso, total.

Con el miedo de aquéllos subí al coche. Una señora iba con él, rubia la señora, supe que se llamaba Graciela, atrás dos nenas, también rubias, lindas las nenas y no me hablaron. Se apartaron cosa que piojos no les saltaran a ellas limpitas y lindas. Yo era un chico rotoso, algo sucio con la cara pintada de la sal del mar donde me bañaba, el pelo pirincho para cualquier lado, la camiseta agujereada, con alpargatas grandes, pero medio enteritas.

El hombre anduvo un largo camino hasta llegar de noche a un lugar que yo creía no existiría, una casa, un palacio de los que veía en los televisores de las vidrieras de los negocios. Cuando entramos al palacio me dijo pasá al baño nene, Lucrecia te da la ropa, vestite y después hablamos.

Esta es mi vida hasta los casi 6 años y trataré de entrar en la segunda.

Yo, Laureano a quien Lucrecia enseñó a bañarse, comer, vestirse y hablar como Graciela, Cecilia o Roxana, yo Laureano, yo, soy abogado del estudio del Dr. Roberto Funes Fernández, el conductor que me sacó de la ruta entre Quequén y Necochea esa playa argentina de mi infancia en que buscaba tiempo para morir, donde pernoctaba y comía a veces con los pescadores u otras en la casilla de mi madre y ella no lo era, la recorrimos a lo largo a lo ancho mucho tiempo en busca de mi origen.

A mi madre, los huesos de mi madre, María Ester, la encontró Cecilia abogada penalista y yo junto a ella, la que espiaba al niño piojoso, el que subió el abogado.

Ya intuyes lector que la familia Funes Fernández me adoptó, educó y yo me enamoré locamente de Cecilia hoy del equipo forense.

Todos los años voy a la playa aquella donde un pescador con su bondad me ayudó, tan pequeño sin madre ni padre a comer y sobrevivir. Hallamos al pescador del mar, lobo solitario, sabio de la pesca casi artífice de la sobrevivencia de ese pequeño rotoso.

Ah, lector, con el equipo de Antropología Cecilia descubrí que el pescador caro de bueno, el de los recuerdos y enseñanzas era mi padre sin él saberlo.

Es una historia común pero repetida.

Silvia Cleonice Gabetta

Villa María – Córdoba – Argentina

Parecen opuestos

Si para distinguir tu sombra, registras tu imagen, resulta que son lo mismo.

Si el sol contribuye a la vida y la luna, a su modo, también, son similares.

Si la alegría y la tristeza hacen llorar, se parecen.

Si la tierra, el aire, el agua son imprescindibles para vivir, son semejantes.

Si un hecho puede provocar pasión, odio, amor, comparten su manifestación de origen.

Si la vida y la muerte son compartidas, para qué seguir insistiendo en las diferencias.

Si participamos de tanto que distribuimos mal, los seres humanos continuamos habilitando disparidades para hacer de nuestro “modus vivendis” el ámbito discutido en el que el ganador se lleva todo.

Eve Violeta Gauna Pirágine

Corrientes – Corrientes - Argentina

A tu memoria

En esta fosa común
A la que llaman calle
Todavía existen
Inciertas esquinas
Donde dicen haber visto
El delirio de mi alma
Intentando delinear
En oscuras paredes
Tu sombra.

Maldito destierro consumado
Que me despojó de tu cuerpo
Desvaneciéndote de la forma
Dejándome esta escritura amarga.
Implacables las cárceles del tiempo
Levantan sus murallas
Sobre una eternidad abstracta.

Luz negra

La noche
Y mi noche paralela
El espacio geométrico perfecto
Que se gesta entre ellas
Y una vía láctea enardecida
De estos oscuros
Pájaros-luciérnagas.

La noche estalla y se desata
Sangra mares
Embravecidos de estrellas
Se retuerce y enrosca
En mis oídos
Y rumorea, incansable, rumorea.

En mí quiere quedarse la noche
No morir o que yo muera
En medio de este naufragio
Que estremece
La frágil fugacidad de la existencia.

La derrota de un atlas

Cerrar los ojos
Y percibir
Como la oscuridad
Se viene encima
Con el peso
De todo un mundo.
Sentirse un Atlas
Derrotado
Al que le han negado
La piedad
De la expiación
Y se la seguirán negando.
Respirar
Este deseo infernal
De arrancarme la espalda
Y arrojarla
Contra la cara de los dioses
Y que se la traguen
Hasta que se indigesten
Con sus feroces designios.

Donde existes

Tu nombre
Palabra rota naciendo
De este silencio y sus máscaras
A él regreso
Memoria de la boca.
Trozo de pasado
Que mastico
Y, sin embargo

Aun así
Hambriento me devora.

Tu cuerpo
Agua subterránea
Mar muerto
Catarata noctámbula
Derramándose
Desde mis ojos cerrados
Hasta las abiertas heridas
De mis manos.
Casi logro rozar tu rostro
Pero te desmoronas
Hacia el hueco de esa nada
Que es el tiempo.

Y, sin embargo

Levantarse una y otra vez
Sobre las ruinas de uno mismo
Estúpidamente
Erigirse como una torre
De nuevo
Y contra los mismos vientos.
Aferrarse al latido y su rutina
Declinar el cansancio de la voz
Mientras se escarba en la nada
Intentando asirse a algo
A cualquier cosa
Y solo encontrar el lodazal
Del temblor ajeno
Tan semejante al propio.

Ingenua torpeza de criaturas
En medio de orfandades
Y este apócrifo estigma
De superar la vida
Para seguir adelante
Hacia ninguna parte...
Hacia la muerte.

Inesperadamente

Cuerpo devorado
Despojo de tiempo
Inesperadamente
Doblas la esquina de la noche
Perdiéndote de mi vista
Y el eco de tus pasos
(Ya tiniebla en movimiento)
Es lo único que dejas.

Esa otra calle
Por la que ahora caminas
La imagino desnuda
De púrpuras y amarillos
De rojos y turquesas.
Imagino esa otra calle
Eterna y secreta
De luz oscura
De claridad de sombra
De lejana cercanía.

Inesperadamente
Te deslizas al silencio
Te disipas
Te desvaneces impalpable
Y siembras tus ojos infinitos
En las húmedas estrellas.

Clara Gonorowsky

Mendiolaza – Córdoba – Argentina

Memorias de la peste

"El mundo se detuvo, se convirtió en un no lugar", contaba mi abuela.

Cuando le pregunté qué significaba eso, pareció no escucharme y siguió con el relato: "el tiempo perdió las horas y los días, los meses pasaban sin descanso, lo único que marcaba la diferencia eran las estaciones del año. Cuando veíamos las hojas doradas, nos dábamos cuenta que estábamos en otoño, cuando florecían los almendros, en primavera.

Los hombres se olvidaron de vestirse y deambulaban en pijama todo el sin tiempo.

Las noticias daban cuenta de un solo tema, la cantidad de contagiados con el virus, la cantidad de sanados, la cantidad de muertos.

A veces, los hombres se acordaban de rezar, de pedirle a Dios no ser el próximo cadáver que se paseara en camión del ejército por el pueblo.

Los pocos momentos permitidos para salir era el de aprovisionamiento de víveres, pequeños espacios de tiempo donde el hombre se percibía libre, después venía más encierro.

Ya no se saludaban con los vecinos ni con los amigos porque no se reconocían, usaban permanentemente barbijos, antiparras, guantes y todos portaban una cabellera blanca y desgreñada.

Al principio les entusiasmaba comunicarse por las redes, pero con tanto tráfico, estas colapsaron y quedaron todos incomunicados.

No se sabe cuánto duró la pandemia, hubo muchísimos muertos, en su mayoría ancianos.

La Academia borró del diccionario el término abuelo pues se había convertido en un arcaísmo. Sólo lo manteníamos vigente quienes nos habíamos podido salvar.

Y los mares se volvieron más azules, los cielos más diáfanos, los ríos con aguas bien cristalinas; y los animales invadieron calles y ciudades ante la ausencia del hombre, dejaron de ser criaturas exóticas de selvas, sabanas, planicies y montañas y se paseaban orondos por las jaulas de cemento construidas por el hombre para el hombre."

Yo pensaba que mi abuela desvariaba, pero ella seguía describiendo esa etapa apocalíptica sin pausa.

"Y los gobernantes se hacían más autoritarios para hacer cumplir la cuarentena y el hombre no se daba cuenta que iba perdiendo libertades y se fue acostumbrado a estar encerrado en su vivienda, a vivir sin abrazos, sin reuniones familiares, sin afectos, a vivir por vivir.

Yo fui una sobreviviente porque durante esa época escribí, escribí mucho, me cobijé en un mundo de fantasía que me ayudó."

Hizo una pausa y acarició mi cabeza. Giré y mis ojos se posaron en la biblioteca, pude observar que en el lomo de varios de ellos figuraba como autora el nombre de la anciana, comprendí que quizás había algo de verdad en este relato tan terrorífico.

Nélida Magdalena González

La Tablada – Buenos Aires – Argentina

Descuido

Julia caminaba por la calle desierta, sólo escuchaba el sonido de los tacos de sus zapatos. No hizo a tiempo de sacarse el uniforme de azafata, ni cambiarse el calzado. Un minuto de demora y hubiese perdido el tren, al que subió unos segundos antes de que partiera.

Pero ya estaba en su barrio y sintió cierta tranquilidad.

Se pasó varias veces la mano por el rostro para secarse la transpiración, estaba nerviosa. Sólo faltan diez cuadras, pensó, y trató de apresurar la marcha.

El miedo se apoderó de ella, miró para todos lados, pero no vio a nadie, ni siquiera un perro callejero o un gato que maúlle, silencio absoluto. Algo dominaba su cuerpo, algo que no entendía y no podía controlar.

No lo supo hasta el día en que sintió que un tubo penetraba por su boca intentando oxigenar sus pulmones. Tampoco supo que sus manos fueron las que llevaron, sin darse cuenta, la peste que en pocos días se dispersaría por el mundo entero.

Humberto Hincapie

Kariong – NSW - Australia

En el Tíbiri-Tábara

Ese martes por la tarde, a la salida del trabajo, Alejandro había decidido dar una vuelta por la ciudad, en busca de un restaurante para comer algo. Su esposa e hijos pasaban dos semanas de vacaciones en la finca y, debido a su trabajo, sólo podía acompañarlos durante el fin de semana.

Después de una buena cena y tres vinos, se encaminó para la casa. Ya había obscurecido cuando pasaba por la calle del Trapecio. De repente, su carro, sin anuncio previo, hizo un ruido agónico y se varó. Quedó muerto en la mitad de la vía, inmediatamente, una tempestad de pitos e improperios cayeron sobre él. Renegando se bajó y le gritó al más próximo de los impacientes conductores:

— ¿Se puede esperar un momento compañero que yo cuadre este tiesto, o no?

— ¡Muévalo rápido que está parando el tráfico hermanito!

Subió al carro, puso la palanca de cambios en neutro y luego se bajó, con la puerta abierta empezó a empujar tratando de aproximarlo al andén.

Los pitos de los otros vehículos se intensificaron y algunos de los conductores empezaron a gritar, de manera tal que sin pensarlo dos veces Alejandro se paró azarado y furioso en la mitad de la calle con los brazos en jarra y les gritó:

— Si tienen mucho afán ¿por qué no pasan por encima? ¡O mejor, se bajan y me ayudan a parquearlo!

Sin saber de dónde, apareció una atractiva chica y ayudándolo a empujar el carro, entre los dos lo cuadraron para que no entorpeciera la vía.

Alejandro se dirigió hacia los otros conductores y, haciendo una venia, extendiendo la mano les indicó que la vía estaba libre y les gritó con gusto:

—¡Sigan caballeros que las putas que los parieron los están esperando!

Miró a la chica sonriendo y le dijo:

—Perdóneme la vulgaridad señorita, pero se lo merecían por acosones. Muchas gracias por su ayuda.

—¿Me invitas a un refresco? —le contestó ella. Sin esperar respuesta añadió:

—Te espero allí, en el bar de la esquina, “el Tíbiri-Tábara” –y se alejó caminando como solo las mujeres de Cali saben hacerlo. Moviendo el cuerpo con un ritmo cadencioso, sensual, como una palmera acariciada por la brisa que llega del lejano mar.

Mirando hacia la esquina, Alejandro se quedó intrigado de ver que, efectivamente, allí estaba en esa esquina el bar que la chica le había dicho “Bar Tíbiri-Tábara” y pensó: “No puede ser. Este bar desapareció hace muchos años. Esto está bien raro. A este sitio los muchachos veníamos hace más de treinta o cuarenta años cuando nos íbamos donde las ‘muchachas alegres’. Allí fue que aprendimos a bailar al ritmo de la Sonora Matancera, con el jefe Daniel Santos, Celia Cruz, Carlos Argentino Torres, Bienvenido Granda y tantos otros cantantes que se quedaron dentro de nosotros para siempre. Pero si yo no estoy equivocado, cuando cerraron la zona de tolerancia, todo esto fue demolido y convertido en una nueva zona residencial. Y aquí tengo a treinta metros el mismo caserón del “Tíbiri-Tábara” con las mismas luces azules y rojas titilando alrededor de su nombre que nos atraía como a las polillas”.

Caminó despacio, mientras su memoria le traía nombres, la flaca Emilia, Erótica, Cartagenera, Venus, Olga la Rusa, Rosa la curvilínea, Débora la Devoradora, y especialmente una chica de la que se había enamorado perdidamente, Mariposita. Le decían así porque tenía una mariposa azul tatuada en la nalga derecha. En sus locuras juveniles se creyó profundamente enamorado de ella y se había propuesto sacarla de la vida alegre para que se casaran, siendo enfáticamente rechazado por Mariposita quien le dijo que ella seguiría hasta el final de sus días en su papel de redentora de los hombres sedientos de amor.

Entró al bar; la música sonaba como en los viejos tiempos, Mompoxina, cantada por Nelson Pinedo y la Sonora Matancera se escuchaba en la radiola, las luces multicolores y a medio tono, alumbraban la pista de baile donde cinco o seis parejas danzaban. El resto del bar donde había mesas y sillas estaba a media luz; el humo de los cigarrillos, en fin, todo el ambiente se encontraba tal como Alejandro lo recordaba cuando era un adolescente aprendiendo las artes del amor y sus primeras borracheras.

Al fondo, sentada en una butaca estaba la chica que le había ayudado a cuadrar el carro. Se dirigió a ella y le dijo:

—¿Qué quieres tomar, belleza?

—Dame un ron con Coca-Cola.

—Primero dime ¿cómo te llamas?

—¿Cómo quieres llamarme? -puedo ser Afrodita o Mariposita esta noche para ti. Afrodita la diosa del amor, Mariposita la reina del Tíbiri-Tábara, pero no te preocupes los nombres no importan mucho en este sitio, por eso no te he preguntado quién eres tú.

Él la miró sorprendido, hacía unos minutos se había acordado de los viejos tiempos y de una Mariposita en forma particular. Sin decir nada, la miró de pies a cabeza, trató de relacionarla con la de sus recuerdos, era una chica bastante atractiva, bien vestida, un poco delgada para su gusto, pero no lograba recordar bien las facciones de la chica de su pasado para compararlas. Tantos años habían hecho mella en su memoria.

Ordenó unos tragos y luego otros y otros. En su mente, seguía buscando a la Mariposita de su pasado, mientras miraba perplejo a la Mariposita del presente.

—¿Cuántos años tienes? –le preguntó.

—Los que tú quieras que tenga.

—No, en serio, dime cuántos años tienes.

—Más de los que te imaginas; quizás demasiados para tu gusto.

—Mira, yo soy un viejo de cincuenta y cinco años, no te burles de mí.

Ella lo miró a los ojos y arrimando su rostro al de él, con un susurro acariciante, le dijo:

—Yo tengo los años que tú tenías cuando me tuviste. Pero de todas maneras te ves muy bien para cincuenta y cinco.

Alejandro no supo si fue esa inesperada e intrigante respuesta o los tragos, pero se sintió mareado.

De la radiola salió la inigualable voz de Alberto Beltrán acompañado por la Sonora Matancera. La música invadió suavemente todo el recinto y las notas de un viejo bolero “Aquel Diecinueve” le trajeron recuerdos que vivían en su alma desde la juventud. Sintió con desespero que quería bailar y se llevó a Mariposita casi arrastrada a la pista. Se acoplaron mejilla con mejilla y se dejaron llevar por la música y la voz.

Cuando terminó la pieza, siguieron bailando solos en la pista sin música, mientras se besaban apasionadamente. Alejandro sobresaltándose y avergonzado soltó a su pareja y caminó apresuradamente hacia su butaca. Ella lo siguió.

—Perdóname, pero no sé qué me pasó. Deben ser los tragos.

—¿No crees que es mejor que nos vamos para la alcoba? -le preguntó ella tomándolo de la mano.

—No, yo no creo que sea correcto. Apenas nos conocemos y de todas maneras yo soy un hombre casado.

—Y qué importa que seas casado. ¿Eres un hombre fiel, o tienes miedo? Ven conmigo y esta noche vas a recordar lo que es el amor sin compromiso, el amor sin barreras ni prejuicios. Tranquilo, déjate llevar por los caminos del placer. Olvídate por una noche del amor certificado.

Alejandro la siguió dócilmente hasta la alcoba en el segundo piso. Las mismas alcobas que hacía muchísimos años él había visitado con frecuencia.

Cuando entró, se quedó paralizado. Todo el pasado se le vino encima de golpe. Allí había estado él con Mariposita. La misma cama, los mismos muebles, la lámpara que impartía una luz tenue y fosforescente a la habitación, las mismas paredes con su papel de florecillas azules.

—¿Quién eres tú? -preguntó inquisidor.

—Ya te lo dije, soy Afrodita o Mariposita y esta noche nunca la vas a olvidar. Ponte cómodo, mientras voy al baño. Desnúdate sin miedo.

Alejandro se sentó en la cama asombrado ante tanta coincidencia. Cuando ella salió del baño, seguía sentado alelado mirando el pasado que desfilaba ante sus ojos.

—Tonto, no te has desvestido. Entonces lo haré yo primero para darte confianza.

Lentamente Afrodita Mariposita llevó sus manos al cuello y desabotonó su vestido. Con un movimiento sinuoso lo dejó caer al piso. Lo que siguió fue un momento mágico, irreal, casi fantasmagórico. Como una mariposa que va saliendo de su crisálida en el momento que la naturaleza se lo ordena, así, de la misma manera la Mariposita del pasado surgió gloriosa de su vestimenta, preparada para la danza del amor.

Hermosa, imponente, suave, aterciopelada. Sus senos desafiantes, sus líneas armónicas, su monte de Venus cubierto por un tenue manto triangular de vellos púbicos, listo para el amor, toda ella bañada en una suave luz que le daba tonos azulados y resaltaba un cuerpo perfecto que no merecía el ultraje de tener que usar vestidos.

Lentamente dio la vuelta mostrando sin ningún pudor todo su esplendor. Alejandro dio un salto cuando le vio el tatuaje. Una mariposa azul brillaba en su nalga derecha, iluminada por la luz fosforescente de la lámpara.

—¿De dónde sacaste o copiaste ese tatuaje que tienes en la nalga?

—No es un tatuaje, hombre, es la marca que llevamos las diosas del amor.

A partir de ese momento Alejandro se entregó por completo a la Mariposita del pasado o del presente. Cuántas veces hicieron el amor y cómo lo hicieron no tiene ahora importancia. Fue una noche de placer que nunca olvidaría. Finalmente, completamente agotados, se quedaron dormidos.

Al despertar, Alejandro se sintió adolorido e incómodo. Se desperezó, abrió los ojos, miró el reloj, eran las siete y media de la mañana, miró hacia la izquierda y vio pasar los carros a su lado.

Pegó un salto. Despertó del todo y se vio dentro del carro. Estaba correctamente vestido, aunque su ropa se veía arrugada.

Se bajó y miró para el Tíbiri-Tábara. La vieja casona no estaba allí. El sol del trópico bañaba un edificio de apartamentos en la esquina.

Subió nuevamente, puso las llaves en la ignición, le dio la vuelta y el motor arrancó como si nunca se hubiera varado. Cuando bajó la visera para que el sol no le molestara, una tarjeta cayó de ella. Tenía el dibujo de una mariposa azul.

Susana Elizabeth Jofman

Gral. Rodríguez – Buenos Aires - Argentina

Existir y Sobrevivir

Existir y Sobrevivir en este mundo complejo
de virus manipulados,
de una élite queriendo eliminarnos,
de colosales amenazas rodeados...
De Harpp y cambio climático,
de violencia, dolor y desamparo…
Construir nuestros destinos
con amor, ilusión, enamorados…
procurarnos un techo donde vivir,
admirar un cielo estrellado…
Jugar con las olas y en la arena
moldear un castillo encantado…
Elegir nombres para nuestros hijos
y temer que el futuro se derrumbe
y que en las olas nade nuestro destino…
Asumir la incertidumbre…
Buscar nuestra felicidad…
Convivir con la pesadumbre
Ignorar de este mundo,
quiénes tejieron la urdimbre…
¿Acaso un rebaño somos
en esta Tierra, diseminados?
Abrir nuestra conciencia
no nos hará más felices…
Pero sí, nos hará más sabios

Mónica Andrea Lago

Moreno – Buenos Aires – Argentina

Estás y no estás

Estás y no estás….
Te miro y por momentos no te reconozco.
Trato de guardar en mi mente
Los mejores momentos con vos…
Esos en los que estás acá
Conmigo, pero principalmente
Con vos misma.
Cuando te evades de la realidad
Quiero ir a buscarte
A ese lugar al que te marchas
Pero es casi imposible.
Entonces no sé cómo actuar.
Me duele el alma,
Cuando, sentada frente a tu desayuno,
Me miras con los ojos vacíos
Y con voz temblorosa preguntas:
-Y ¿qué hago con todo esto
¿¿Que tengo delante??
Y quisiera no tener que responderte
Porque no logro entender como no lo sabes…
Y trato de recomponerme y te respondo:
-Come una galletita y después toma un poco de leche…
Estas y no estas…
Y por momentos quisiera perderme con vos
…Mamá

Diego Lanis

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Volver a pintar

Decime que la vida
es otra cosa y te lo
acepto, decime que
la vida está en la calle
y un día la vida cambió.
Decime que la vida
está en la calle.
Sabes una cosa: no.
El silencio nos aturde,
la quietud nos mueve
y la salud, la salud,
ahora está adentro de
tu casa y en tu interior.
La naturaleza se cura
y te cura con el encierro.
Cáscara y caparazón
como la de la tortuga,
lento transcurrir al
horizonte. Refugio
inigualable ante las
crisis y techo que
sostiene incertidumbres.
Ahora no es el momento
de vivir la vida de
cualquier forma. Más
vale, esperes un tiempo
diferente.
No te quejes ni molestes,
hoy la historia la escribimos
entre todos.
Tenemos la tinta que nos
legaron, aquellos sufridos
en condiciones humillantes.
Piensa en algo transitorio,
tan fugaz coma abrir y cerrar
la mano, no lo hagas a tu

modo.
El conjunto decide el tono,
la música y los colores.
No es la cárcel ni una jaula,
No exageres de ningún modo.
Ya volverás a tus quehaceres y
placeres.
Se paciente, se paciente.
Se o percibo lo que sientes,
que la espera es larga y suena
inútil. Debo contestarte a cada
cosa, no es necesario, ni
energía gasto solos se darán
cuenta, en este caso, que la
espera rinde sus frutos.
De ese árbol de la vida caerán
a nuestras manos. Ante nuestras
dudas, miremos a las especies
que se van y un día vuelven.
Hoy el nido te cobija, por favor,
te pido no busques en
la calle la sortija.
El premio está en tu entorno,
sé lo que te digo.
No hagas todo junto y
quieras batir récords
imposibles.
Dosifica el esfuerzo como
puedas y descansa de
algún tiempo sufrido.
Este es uno de otro
tipo, encuentra en la
variedad el gusto
distinto.
Enaltece los sentimientos
y dedícate a tus
vínculos.
La ciencia ficción se
adelantó, pero el futuro
llegó y es hoy. Presente
Si te falta una paleta
y los colores, abrí la

ventana y mira al cielo.
¡No hay manera de
equivocarse!

María Susana López

Bernal – Buenos Aires – Argentina

Enfermera de las sombras

Ella, enfermera de las sombras,
su razón se desplaza para hacerse oír.
Ella, alumbrada y solitaria,
envuelta como tamal, de azúcar y mazapán.
Aprisionada al mundo,
su elegancia, artificio que engaña al cansancio.
Espera parada en la orilla,
que el viento sople,
y el tiempo vuele.
El mundo pasa en ráfagas,
como sueño al despertar.
Ensimismada, se deja mirar,
sin ver a nadie,
endulza su caminar.
Ella, enfermera de las sombras,
a la espera de alguien a quien curar.

Adriana Maggio

Cdad A. de Buenos Aires - Argentina

La base de la fortuna

Son las siete en punto. Eduardo se incorpora, baja las piernas y deposita los pies en las pantuflas que ha dejado al costado de la cama, en ángulo recto con respecto al travesaño, paralelas entre sí y con una distancia de alrededor de cuatro centímetros, distancia que le permite colocar primero el pie derecho y luego el izquierdo con un movimiento fluido y económico que evita cualquier esfuerzo de tanteo con el pie -para encontrar la supuesta pantufla huidiza- o con la mano -para apartar las sombras debajo de la cama y desenredar de ellas el hipotético calzado, extraviado en esa bruma por imprevisión. Sí, sus pantuflas descansan paralelas y confiables a su vera, hasta que las pone en movimiento. Planificar, ejecutar, ahorrar esfuerzo.

Eduardo se para y en tres pasos llega al baño, que está a la derecha de la cama (si nos situamos mirando hacia la cabecera de la misma). Entra. De espaldas cierra silenciosamente la puerta, con un delicado movimiento de la mano derecha, considerando que son las siete y dos minutos y su esposa ronca acompasadamente con un motorizado aspirar y un sordo espirar que remata en un blop blop que le hincha levemente la boca. Eduardo gira noventa grados hacia la mesada del lavatorio, se mira en el espejo para comprobar que efectivamente es él quien entró al baño, y toma el paquete de cigarrillos que lo espera a la derecha de la pileta, con el encendedor azul encima. Se sirve un cigarrillo, lo enciende y se sienta resuelto en el inodoro. A la tercera pitada siente la respuesta del intestino, que se desliga de su secreta carga en tres etapas brevemente espaciadas, con sendos blop similares a los del ronquido de su señora. Con la mano izquierda aprieta el botón, y con la derecha abre la canilla de la ducha, después de separar ligeramente la cortina blanca de tela y verificar que el forro de plástico queda adherido al enlozado también blanco de la bañadera.

Finalizada la ducha, se seca, comenzando por las orejas y terminando por el pie izquierdo, que tiene formaciones micóticas entre el dedo más pequeño y su contiguo, y podría contaminar la toalla y con ella alguna otra parte del cuerpo esbelto y fibroso de Eduardo. Pone la toalla en el canasto de la ropa sucia, se coloca el fungicida entre los dedos, sale en tres pasos del baño y comienza a colocarse las prendas que ha dejado dispuestas en la silla la noche anterior. Vestido y perfumado con Paco Rabane, Eduardo se dirige a la planta baja y deposita en la urna que está al pie de la escalera, el esfuerzo ahorrado.

Hace veinte años que Eduardo deposita en la urna que está al pie de la escalera, el esfuerzo ahorrado, el fruto de su economía con el que llenó y atiborró la urna de madera tallada, que ahora se sacude con un hipo amenazante que pronto es aullido de volcán, y empieza a eructar la lava rancia que sofocaba. Estalla la energía ahorrada, salta en chorros, roba baldosas, forma caminos que se acercan a los zapatos lustrados de

Eduardo, que mira con la boca incrédula. Las manos del volcán rugiente enlazan sus medias morley de Tom verde-petróleo, buscan la penumbra del living y del comedor, se adueñan de la cocina, pellizcan al gato blanco que duerme su ocio en el rincón que le pertenecía, le hacen dar un respingo y salir como bala hacia la puerta-ventana, que está cerrada. El gato rebota, sacude la blanca cabezota y mira atontado cómo el esfuerzo ahorrado va subiendo de nivel, trepa por las patas de las sillas, de la mesa. El animal salta a la mesada, de ahí al extractor, y gana la claraboya abierta. Desde allí abomina de las gordas lenguas de fuerza economizada que lamen cada vez más alto las paredes. Eduardo gime, intenta huir escaleras arriba, se enreda en su esfuerzo concentrado, tropieza, cae, se sostiene de los escalones más altos. Repta esforzadamente hacia las habitaciones, tironeado por los dedos del volcán, que le traban el ascenso. La masa acre ya inundó los primeros seis escalones, tomó sus piernas, ahora cubre su espalda –que se quiebra siguiendo el ángulo recto de los escalones-, sumerge su cabeza, que queda aplicada sobre el décimo escalón. La mano desatada continúa subiendo hacia las piezas. Ya cubrió los cuadros del living, toca las arañas, embebe las cortinas, avanza como un ejército hacia la habitación donde ronca acompasadamente la esposa de Eduardo. Como un río, empapa la alfombra, asciende por la cama, va tapando suavemente a la mujer, traga la cabecera, se atora, tose sobre los veladores, copa el vestidor, ocupa los bolsillos de los tapados, se mete en las carteras, en las cajas, se mira en el espejo rectangular y devora su propia imagen, que comienza a empujar el techo del cuarto, del comedor, de la cocina. Empuja con su cabeza poderosa los techos de la casa, que resisten y resisten, como las cosas de antes que no son como las de ahora, y comienzan a descender lentamente, del hombro de las paredes. La casa se hunde despacio, con la anuencia de Poe, y desaparece con un blop blop que divierte al gato -encaramado en la medianera-, que mira con la blanca cabeza ladeada hacia la derecha, y luego salta al predio vecino, en busca de un nuevo rincón que le pertenezca.

Juego de niños

A los chicos les gustaba jugar encerrados en su cuarto, ajenos a la rutina diaria. Todopoderosos en su intimidad, imaginaban historias y diversiones que la madre vivía de lejos, mientras cumplía con sus tareas cotidianas. Así, cuando ellos jugaban a los soldados, ella era un general que organizaba la estrategia de su enfrentamiento con el almuerzo, y mandaba su propia vanguardia a lavar la lechuga y los tomates, mientras su retaguardia ponía en remojo las lentejas y rehogaba la cebolla y el ají. Sorpresivamente torpe, estrellaba un plato o dejaba caer una cacerola, con estruendos que coincidían –siempre- con la explosión de las bombas que los chicos arrojaban en su guerra imaginaria. Si sus hijos eran viajeros espaciales, ella sentía una ligera claustrofobia encerrada en la cápsula del lavadero; como si las leyes de la gravedad no la afectaran, levitaba entre la ropa sucia e iba aclarando a fuerza de lavandina y polvos bioenzimáticos las medias percudidas por los partidos de fútbol y los campamentos. La energía lúdica de sus hijos la envolvía, la cautivaba, dominaba sus movimientos en peligrosa simbiosis.

Con frecuencia irrumpía bruscamente en la fantasía, con un “chicos, vengan a poner la mesa”; el “ya va, ya va” les permitía silenciar a la madre por un momento, y volver al juego, indiferentes al reclamo.

Marianito estaba harto de jugar a los karatecas. La madre suspiró aliviada y terminó de preparar la carne con fluidez, sin la complicación de las artes marciales. Sebi propuso distraerse con el globo terráqueo.

Ella freía las milanesas, cuando sobrevino el mareo. Sintió que las cosas se movían lentamente. Pensó que, aunque llamara, no iban a prestarle atención. Se le nublaba la vista y se insinuaba un zumbido en los oídos. Por momentos la turbación cesaba y todo volvía a la normalidad, después del sacudón de la inercia. Pero luego recomenzaba con más fuerza. Le entraba poco aire por la nariz e intentó aspirar por la boca, pero no pudo lograrlo. El vértigo la invadió, y la cocina giró a su alrededor con un caos de ollas y tenedores. Trató de asirse a algo, pero las manos no llegaban a apoyarse en el punto que fijaban los ojos. Lo último que vio fue la pava volcándose en el aceite de las milanesas. Cayó envuelta en una náusea y golpeó la cabeza contra el mosaico. La mancha de sangre que se agrandaba, se destacaba indecorosa en la pulcritud del piso.

En la habitación, los chicos se divertían haciendo girar el mapamundi, para detenerlo luego con el índice, y averiguar a qué lugar del planeta viajarían próximamente.

S/T

La sed me condujo
al agua
donde bebí
el reflejo de la luna.
Rumi

Cada tarde
cuando el cielo recogía
los restos del sol
y los llevaba a su vientre
ella destejía los vestidos del pudor
y lo esperaba.

Él llegaba
como un agua dulce
y aplacaba toda la sed
por un momento
como si le hiciera beber la luna
que temblaba
en brazos del río.

Lo que queda

En la fugacidad
de lo que somos
hay instantes imperecederos.
César Suárez

Qué será de ese instante
cuando yo me vaya

esa breve luz
ese relámpago que no llegó a felicidad
¿se apagará conmigo?

¿o seguirá temblando
aunque yo muera?

¿Podré heredarlo a mis hijos?
¿Besarlos de eternidad
por un momento / antes de partir
y dejarles algo
de todo lo que no
de todo lo que nunca
y que por un soplo de tiempo / para ellos
la vida sea
como una flor en el agua?

¿Sabrán mis hijos
que ese fulgor era mío
y que esa escasa infinitud
es mi última caricia?

Qué será de lo perpetuo
cuando yo termine
y vacíen mis armarios.

Laura Sofía Maldonado Carmona

Bogotá - Colombia

Espíritu gregario

Hemos buscado excusas por años
(como aquella vez cuando te dije
que debía cuidar a mi hermana
y que no podíamos vernos).
Hemos buscado razones para separarnos,
hemos evitado cruzar miradas
y cruzar caminos;
pero todo, cobardes,
lo hemos hecho con un disimulo vergonzoso.

¿Por qué no admitirlo todo en un arranque de ira?
¿No es hora ya de ser arrogantes e insolentes
y olvidar nuestros nombres
y desdibujar nuestros rostros
y escupir en la memoria,
para desaparecer, irremediablemente
al final de los días?
¿Sepultarnos mutuamente,
en un acuerdo no dicho,
y desaparecer entre el lodo,
para darnos paz?

Pero nos justificamos entre balbuceos cada viernes,
Decimos que estamos cansados,
O que no hay dinero,
O que hay mucho trabajo.
Y escribimos un mensaje el domingo,
Arrepentidos,
Porque quizás sí queríamos vernos.

¿Ves cómo nos encogemos y nos hacemos diminutos?

Si pudiéramos admitir que esta distancia impuesta
se parece mucho a la que hemos buscado, lo diríamos,
Pero no tenemos la libertad de entregarnos a los silencios,
Y nos mecemos entre artificiosos suspiros,

Extrañando la compañía.

Nos veremos cuando la pandemia pase,
Me dices.

Pero las muertes se deslizarán entre cifras olvidadas
Y tú y yo,
Como todos los demás, nos seguiremos evitando

Carlos Eduardo Maldonado

Bogotá – Colombia

Mientras pasa

Cerrar las puertas para engañar el frío
Cerrar las ventanas para espantar los fantasmas
Encender la chimenea creyendo
que así se aleja a la noche
Y cantar, aunque la voz no sea la más afinada.

Una llamada, un libro, un recuerdo
lejano
o cercano
Y pensar que nos acompaña la memoria
o el deseo.

Respirar a piedra-toque, como
quien simula un baile
Y esperar que las horas hagan una danza,
con desdén o con ritmo.

Y dormirse en el intento.

La noticia

Primero fue por la radio
o la televisión
por una llamada
o la voz de alguien
                a lo lejos
o una mirada de esas, furtivas,
a una de las redes sociales –
el mundo me atacó con fuerza.
Fue un golpe certero
                pero traicionero
o una ráfaga de esas de cosas no-previstas
un golpe a la inocencia
a la existencia espontánea
al momento abierto

para cerrarme, para enclaustrarnos
para alejar todo lo común y lo bueno.

Miedo, incertidumbre,
Mucho desasosiego
Alguna palabra técnica, de esas
que no caben en un verso
pesadumbre y trascendencia
penumbra, encerramiento.

La noticia se filtró por todas las técnicas
e incluso en las conversaciones
diarias y nunca predispuestas
esas que hacen a los instantes eternos.
Y sin embargo el vientre se opone
y el corazón sobresalta
        de una alegría recóndita
        ajena, que no conocía
y descubrir la ironía, el sarcasmo,
el humor negro,
muy negro en semejantes circunstancias
y dejarse llevar por la risa
        que no sabe del tiempo.

Descubrir en una brizna de pasto
el paraíso,
en un grano de arena una galaxia
en la risa de un niño el cielo mismo.

Y recobrar la alegría y la esperanza –
el optimismo no es jamás
un acto racional o un proceso cognitivo.

Luis Martínez

Nueva Jersey – Estados Unidos

Hombres de acción

Por petición del público que nos aplaude y nos putea,
que nos alienta y reprocha,
que nos defiende y otras veces nos degüella,
nos hemos alejado del teatro y de los escenarios,
del hacerme reír, del hacerme llorar,
del hacerme creer y del hacerme titubear,
por y para el bien de la sociedad,
y ahora no sabemos qué hacer de nosotros,
de la noche a la mañana
tenemos que hacernos expertos de la inacción

Mónica Marzioni

Rafaela – Santa Fe – Argentina

Todo aquello

Y nos quedamos adentro
viéndonos las caras
como desconocidos.
Miramos el huerto, la casa
y el perro.
Descubrimos el cielo
del universo
vimos la flor en su desvelo
Lo pequeño se hizo grande
y olvidamos los días alados.
Lo obvio, lo alto y lo bajo
cobró fuerza
de aliento
Nos quedamos de a ratos
con los ojos de aquellos
que estaban, sin verlos
Y cuando se pudo volver
de la vida pequeña
vino el viento, las manos
lo bueno y lo demás
puro cuento.

María Cristina Noguera

Pergamino – Buenos Aires - Argentina

Pandemia

©amino por la casa
entre pilas de hora.
Debo aislarme del mundo
entonces me refugio ahí
donde los paraísos cantan
las tormentas son diluvios
donde hay voces desconocidas.
Visto los vestidos de reina
en frágiles noches de luna.
Despliego las alas para viajar
de la mano de Neruda
Borges, Orozco, Balzac.
Con ellos deletreo historias
versos de miel y almendras
cuentos húmedos de lágrimas
aquel paisaje de ensueño.
Debo aislarme del mundo
Entonces leo.

Olga Ogonoga
Cali – Colombia

Cómo duele decir buenos días

Aburridos, estresados, enclaustrados,
casi que encadenados con espinas.
Si, media humanidad encerrados en sus propias almas.
¿Cambiaremos? ¿Nosotros?
El planeta tierra está empezado a cambiar
para bien o para mal, quedaremos con una gran lección.
Nadie hizo caso de las noticias del CAMBIO CLIMATICO
Nadie hizo caso de los malos dictadores,
Ni de las grandes potencias millonarias
para dejar a países en absoluta pobreza.
NADIE HIZO CASO DE: ¡QUEDATE EN CASA!
La inteligencia del hombre creó una guerra química
no utilizó cañones ni dinamita
cambio el ADN de murciélagos ¿?
Un virus coronado de demonio, invisible,
que nadie lo ve, pero tu olfato si, te asfixia y te mata.
El demonio Chino anda suelto, y solo la china se auto salva.
Yo moriré en paz
Yo me quedé en casa
Y salvé a mi familia
Gracias Dios. Amén.

Elena Pahl

Río Cuarto – Córdoba - Argentina

Como el Fénix

¿Quién deshizo el embrujo de las transparencias? Olga Orozco

Algo rompió la caja de cristal
trizó el azogue
enturbió el pelambre de las sombras.
No hubo indulgencias
no hubo milagros
mi desnudez maltrecha
congeló el oído y las pupilas.
para no oír
para no ver
el inventario de lo perdido.
No pudo el evangelio del viento
ni el bálsamo de la lluvia
llegar al fondo de la herida
a la sustancia cruenta
del silencio.
No hay color ni perfume ni destello
que cubra las ausencias
que borre sus rastros de melancolía.
Un interminable baldío preserva
la agonía.
Remolinos de insaciables alas
agitan a mansalva los adioses.
Me encojo
me atrinchero
en el sol de la memoria
en la desmesura del amor sin tregua
y una vez más
apuesto a esa señal de gracia
que todo lo transforma
extraña
ajena
extranjera
pero aún estoy aquí
resistiendo a morir como el Fénix.

Cristina Pereda

Cdad A. de Buenos Aires

El biombo

Observo, me deliro
frente a mi ventana,
la de ella.
Un biombo traslucido
con dibujos chinos
siempre llamo
mi obsesiva atención.
Noche profunda
noche de estío
en penumbra su habitación.
Enloquezco.
Una transpiración fría
recorre mis curvas.
No está sola
la luz se apaga.
Entro en pánico
la espera es agónica.
Amanece.
Las horas se suicidan
a paso lento.
Retorna la oscuridad.
Lluvia torrencial
el calor agobia
se abre el postigo,
no necesitaban el biombo.
La tenue luz
reflejaba en la pared.
Cerré la persiana
el chaparrón
mojaba mis libros.

Laura Pérez Suárez

Pergamino – Buenos Aires – Argentina

La pasión

Fugaz, efímero, tan breve como el suspiro de una flor en el ocaso, así lo sentí esa noche cuando las palabras fueron sofocadas por la pasión.

Cada tanto, la estridulación de un par de grillos enamorados interrumpía el campanilleo de un autillo esperando a su presa.

El silbido del viento entre las ramas y la propia brisa acariciando mi cara aplacaban el calor de sus abrazos.

Aquel silencio sólo era quebrado por el galope acompasado de nuestros corazones y el atrevido chirrido de los besos que se detenían en cada recodo de nuestra geografía.

A lo lejos podía escuchar el susurro de sus amorosas palabras estimulando mis sentidos. Sí, a lo lejos porque con él mis pies se despegaban del piso y solíamos flotar como dos plumas en nuestro firmamento.

Siempre quise eternizar en mi memoria ese momento de la noche cuando el silencio expira el último sonido y recuesta su cabeza en el horizonte, ese lapso que sintetiza el sentido de estar vivo.

Y allí estábamos nosotros, como tantas noches, escurriéndonos entre las sombras para liberar nuestra pasión. Con el cielo de testigo y esa honda lejanía del paisaje que aún extraño.

Sé que no fue amor, pero se le pareció bastante.

Matías Petasny

Israel

El Patrón*

En memoria de J.P.

Les voy a contar una historia real, es sobre un hombre de campo que tenía un cuchillo para cortar carne. El cuchillo era muy filoso y el hombre se preocupaba por mantenerlo afilado, puede que en algún momento haya sido una cuchilla sin embargo en los últimos años era inclusive más finito que un victorinox.

Este hombre, mi abuelo, siendo joven se acostumbró a comer la nata de la leche con pan como si fuera mantequilla, se servía un vaso de leche, sacaba esa crema que flota y la untaba con el pan. Casi tanto asco como me da recordarlo es el gusto que tenía por ingestar aquella *delicatessen*.

Lo conocí ya como hombre mayor, él, yo era un mocoso, lo recuerdo como un hombre que pasaba sus días en el auto, viajando de un lado a otro y los domingos descansaba frente al televisor mirando correr a los *midgets*. Hay personas en Argentina que son fanáticos del futbol, mi abuelo no pero si te parabas frente al televisor mientras el observaba a los vehículos correr por la pista, enseguida te pedía que no lo interrumpas. A veces, cuando terminaba la carrera nos sentábamos a jugar un partido de domino.

El auto eran sus piernas y cada año que le tocaba renovar la licencia nos preguntábamos si lo lograría, los años no vienen solos, sin embargo le renovaban, él bromeaba y se justificaba con sus habilidades al volante, su sonrisa y ojos azules que conquistaban a la secretaria o doctora que lo revisaba y firmaba su aptitud.

Mi abuelo se había mudado a la ciudad, no la gran ciudad pero ciudad en fin y si no fuese por el auto hubiese sido un gato enjaulado, a él le gustaba el horizonte, el campo, sus tiempos en los que se levantaba antes del amanecer para trabajar con el tractor.

Al mudarse a la ciudad le costaba viajar al campo, cada visita era más distanciada hasta que incluso pasaban meses y la historia que quiero contarles es de una de esas visitas.

En el campo hay peones, hombres fieles que se conforman con un techo, comida y alguna que otra bebida. El peón, que varias veces es analfabeto y no sabe de mundo, tiene mucho respeto por el educado patrón y ve en él una persona de confianza.

Un día, uno de los peones, hombre alto de gran espalda se le acercó al patrón por un dolor de dientes. Generalmente la gente de campo no visitaba en esos tiempo a los doctores, distancia, miedo o desconfianza en la medicina, no se puede saber realmente cual era la excusa pero a fin de cuentas salvo que un médico rural brindará sus servicios a

domicilio a veces pasaban años sino décadas sin producirse un encuentro médico paciente.

El caso es que este peón se acercó a su patrón, mi abuelo, para solicitarle un consejo para el dolor del diente. Mi abuelo era un bromista y en ese momento bromeó diciendo que se solucionaba con una pinza, había que sacar el diente y punto. El peón no lo pensó dos veces y le dijo: “patrón vaya por la pinza”. ¿Conocen ese momento en el que uno no sabe cómo explicar que era una broma? Mi abuelo no quería perder el respeto que le tenían y fue al taller a buscar la pinza y regreso ofreciéndole a su paciente de beber para aliviar el dolor y realizó la extracción. Recomendó beber grandes cantidades de alcohol y reposo, se hacía tarde y regreso a la ciudad temiendo de haber matado a uno de sus hombres.

Pasaron los días, las semanas e incluso que puede que algunos meses, todo el asunto del pseudo dentista quedó en el olvido y el patrón regresó al campo para chequear cómo crecía lo sembrado y fue ahí cuando un hombre a lo lejos gritando se acercaba como un toro hasta encontrarse con su patrón, lo levantó por los aires y le agradeció el haberle solucionado su dolor.

* Cuento inspirado en una historia real. Pertenece al libro inédito Historias escolares y otros cuentos.

Libertad encerrado

A Pocha

Mis antepasados esclavos fueron,
Mi abuela fue maestra,
Rosa me enseño el valor de la libertad.

No he de portarme mal,
No quiero se privado de ella.

Hay que ir arreglado si uno no
Quiere ser tratado como esclavo.

El corona me quitó trabajo,
casi deje de enseñar…

El corona me quito libertad,
estoy encerrado en mi hogar.

Mis antepasados fueron liberados,
mi abuela lo va a lograr,
no pierdo la esperanza…
Al corona le vamos a ganar.

Silvia Piancatelli

San Vicente – Buenos Aires – Argentina

Un día sin color

Cuando el sol vuelva a salir
avergonzando a las nubes
desplazando su vitalidad
hacia tierras extranjeras.

Cuando vuelva a prestar
el brillo al día y
de su propia intensidad
deje de esconderse.

Cuando todo eso ocurra
las agujas del reloj
retomarán su marcha.

De cada minuto perdido
recobrarán la paleta,
los colores y los pinceles.

Norma Mirta Pompilio

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Triángulo

Abro el manual en geometría. Tenía de tarea rectángulos; por equivocación abrí en triángulos, justo en el momento que se desarrollaba una guerra interna entre el equilátero, que decía ser el perfecto por sus tres lados y ángulos idénticos -por lo tanto, se sentía el rey-; el isósceles decía ser él porque podía ganar altura y si lo dividían formaba dos triángulos rectos; el otro decía que él también, pero aducía ganar en altura. El escaleno era distinto por donde se lo mirara, entonces era el más original. A éstos se sumaban el rectángulo, el acutángulo y el obtusángulo destacando sus virtudes y diferencias.

El obtusángulo se quejaba de que se reían de él, lo llamaban obtuso, le decían "lento, nunca te das cuenta de nada". Cansado de tantas bromas acudió a un tribunal de triángulos.

El fiscal lo llamó a declarar, le preguntó: ¿usted es víctima de bullying?

- No señor, seré chato y lento pero argentino. Estoy denunciando en mi país. Le puedo decir que soy víctima de bromas, chanzas, cargadas. O me toma declaración en mi lengua o lo denuncio a usted también por usar términos extranjeros.

Fue tan fuerte su contestación que se dio vuelta la página y me dejó mirando rectángulos, que era lo que tenía que estudiar y estos dormían plácidamente y se dejaban estudiar.

Pero ¿saben una cosa?, me gustaría saber qué pasó en el tribunal de los triángulos ¿a ustedes también?

Vicente Ricalo

Mindalo – Sao Vicente – Cabo Verde

¿De qué vale?

De algo sirve, te aseguro,
Nuestra actual fase funesta
La vida no es solo fiesta,
Se aprende en los tiempos duros.
Tú llamas a esto prisión,
Pido que el pavor no cunda,
Siguiendo tu concepción
La llamo prisión fecunda.
En la cárcel no se vive
Y te deshace la psiquis,
Pero rehizo a Eldrige Cleaver
Y procreó a Malcom X.
Ponte a escribir y a leer,
Ve filmes, documentales,
Todo ello te va a traer
Un crecimiento a raudales.
La máscara les caerá
A patronos y políticos,
La muerte en masa traerá
Este morbo monolítico.
En algo es útil la crisis,
Para saber en qué erraste,
Por su valor de contraste,
Su tenor de apocalipsis.
Y cuando llegue por fin
El cese de la tragedia
Limpiaremos el hollín
Secuela de la epidemia.
Y que el próximo episodio
Tenga un sabroso sabor
Fina fragancia, sin odio
Y grandes dosis de amor.

Anansi, ¿última misión?

Hacía tiempo que Anansi vivía en su retiro, en una aldea en Ghana. Día tras días recordaba sus hazañas, sus triunfos contra tantos enemigos. Y recordaba con dolor su derrota ante el Aedes Aegypti en Cuba; había tenido que viajar varios miles de kilómetros y pelear en un escenario totalmente desconocido para él. Luego de la misión en Cuba, vivió en un remanso de paz durante varios años, pero en 2013 se sintió angustiadísimo al enterarse de la epidemia de Ébola en África, que oficialmente duró hasta principio de 2016, coincidiendo con el brote de Zika. En 2013 se ofreció para ayudar en la lucha contra el Ébola. Y ahora, de repente, comenzaron a desfilar por su mente las imágenes de la situación vivida en aquel remoto caserío. El oficial al mando le preguntó cómo una araña podría ayudar, y Anansi lo miró con rostro circunspecto y le dijo:

- Señor, con todo respeto. ¿Sabe por qué ustedes, los seres humanos, están pasando por toda esta agonía?

-¿Por qué?

- Porque siguen cometiendo el pecado mortal número 8 y el número 9.

El oficial sonrió con ironía. - ¿Cómo es eso?- le preguntó-. Solo hay siete.

-Bien, espero que la irresponsabilidad y la insensibilidad pronto pasen a integrar la tradicional lista de los siete. Porque he ahí la raíz de la mayoría de los males y las enfermedades de este mundo.

- ¿Eso crees de nosotros?

- ¡Cómo voy a llamarles irresponsables e insensibles! Para mí, ustedes tienen y merecen los más altos reconocimientos. Tengo la mejor opinión de ustedes, los médicos y los enfermeros. Pero ustedes podrían estar ahora en su casa, haciendo su trabajo habitual. Sin embargo, están aquí poniendo en peligro sus vidas para salvar a los enfermos y los moribundos. Y mientras tanto, los irresponsables e insensibles se enriquecen, y muchas veces son los propios causantes de estas enfermedades.

El oficial guardó silencio. Automáticamente la palabra maltusianismo entró en su mente como forzada por una dolorosa inyección intravenosa. Y acto seguido aparecieron, con el mismo ardor y el mismo dolor, las palabras eugenesia y manipulación ambiental.

Así de absorto estaba cuando se apareció una enfermera y le dijo: -Doctor, hay un niño que está agonizando.

_Mierda- dijo y se golpeó con fuerza la palma de su mano izquierda con su puño derecho.

Estaba ya en la puerta cuando Anansi se dirigió a él.

-Doctor. Por favor, déjeme ir con usted. Puedo ayudar.

El médico habló con una voz tan fuerte como el golpe en su mano:-Él es mi ayudante. Dile cómo puedes ayudar.

Pero Anansi no obedeció y salió tras el médico, que caminaba tan rápido que Anansi no conseguía darle alcance. Cuando el médico lo vio, miró a su asistente con rabia:

--- ¿Qué yo dije? ¿Qué hace esta araña aquí?

El asistente respondió con voz queda:-Doctor, lo siento. Él hizo caso omiso de lo que usted dijo y salió disparado detrás de usted.

Anansi se apresuró en decir:-- Doctor. Mientras usted examina al niño, le diré cómo puedo ayudar. Por favor, no es necesario que me mire. Solo escuche lo que tengo que decirle.

El médico hizo un gesto con su mano derecha, no muy seguro de si la araña comprendería su significado.

Comenzó a examinar al niño, y Anansi se persignó.

Me llamo Anansi. Mi padre es el dios Ashanti Nyame, el gran dios del cielo y supremo creador. Mi madre es Asase Ya, diosa de la tierra y de la fertilidad. Sé que estos nombres no le resultan familiar-Anansi hizo una pausa-. Pero en el Caribe, allá donde llevaron a los africanos como esclavos a partir del siglo XV, la gente venera a Shangó, a Eleggua, a Yemayá, a Babalú Ayé, a Olodumare y a Oshún. Seguro que usted conoce estas deidades, ¿no es así?

El médico no dijo una palabra. Estaba totalmente inmerso en su trabajo.

Anansi continuó.- Bien, digámoslo así, para que usted comprenda. Mi padre es Oludumare y mi madre es Oshún. No es exactamente así, pero es un buen paralelo. Fue mi padre quien me convirtió en hombre-araña. Y desde entonces he usado mis habilidades intelectuales, y muchas artimañas, para sobrevivir. Una vez la soberbia, la avaricia, la lujuria, la envidia, la gula, la ira y la pereza conspiraron para matar a mi padre; sí, los siete criminales a los que usted aludió hace un rato. ¿Sabe lo que hizo mi padre? Echó mano a la humildad, la generosidad, la castidad, la caridad, la templanza, la paciencia, y la diligencia como armas y derrotó a aquellos malhechores. En otra ocasión, la muerte intentó envenenarlo, y él se sobrepuso al veneno con un antídoto que, y esta es la mejor parte, me pasó a mí.

Justo en ese momento, el médico se puso de pie con cara larga.-No hay nada más que hacer.

--Use mi antídoto-le dijo Anansi.

--¿De qué hablas?-Obviamente el médico no había escuchado la historia de Anansi.

La enfermera le contó la historia al médico. Y le dijo- Doctor, por favor, no perdemos nada con intentar.

Y así salvaron al niño, gracias al antídoto de Anansi.

El médico se acercó a Anansi, que estaba semidormido en la tierra.

--A propósito, tu padre es Oludumare, o alguien tan poderoso como Oludumare. Pero debes de estar emparentado con Inle, el orisha de la salud y la curación. En nombre de la familia del niño, y en el mío propio, muchas gracias.

Anansi despertó de su ensoñación al escuchar con espanto, en un canal televisivo, las charlatanerías y los absurdos del presidente brasileño Bolsonaro acerca del COVID-19. Para él, solo las personas de más de 60 años estaban en riesgo. No era necesario cerrar las escuelas. Él no tenía nada que temer porque había sido deportista y en caso de ser infectado, no pasaría de un resfriado. Los brasileños eran dignos de ser estudiados porque no se enfermaban.

A continuación Anansi escuchó estas cifras: 634, 835 positivos, 957 muertes.... No terminó de oír la información porque salió disparado de la sala. De inmediato entró en contacto vía email con la representación ghanesa en la ONU.

Su Excelencia:

Estoy viejo y no soy ni la sombra de lo que fui. Estoy cansado y enfermo. Y estoy harto de los políticos y de la gente en general. Cometen los mismos errores una y otra vez. Estoy harto de sus intenciones y decisiones egoístas y mezquinas. Por eso me dirijo a Ud., con la esperanza de que pueda hacer llegar este mensaje a la OMS. Por causa de mi edad y por todo el veneno que he donado para vacunas y otros medicamentos, casi no me queda veneno y quiero que sea esta mi última misión. Solo pido que me lleven a un laboratorio para que los científicos hagan una vacuna con mi veneno y puedan curar a los que contraigan el COVID-19. Sé que luego de eso moriré, pero estaré orgulloso y honrado de morir por el bien de la humanidad.

Sinceramente,

Anansi.

El diplomático agradeció a Anansi y enseguida entró en contacto con la OMS.

Al día siguiente un helicóptero aterrizó a unos metros de la casa de Anansi, quien ya estaba listo.

Anansi fue llevado a un laboratorio en Europa. Cuando el científico le dio las gracias, Anansi le dijo:-Estoy muriendo. Solo quiero vivir lo suficiente para ver el uso experimental de la vacuna. Si funciona, podré morir en paz.

La vacuna se probó en monos. Demostró ser eficiente, y pronto comenzará a usarse en las personas.

El médico entró al cubículo donde yacía Anansi.

--Buenos días. Se te ve bien. ¿Cómo te sientes?

--En realidad, me siento mucho mejor. Estoy sorprendido. Pero pase lo que pase, habrá valido la pena.

--Mientras hay vida, hay esperanza. Soy optimista en relación contigo y con la efectividad de la vacuna. Y pase lo que pase, tu inmolación es un ejemplo de solidaridad, altruismo y sacrificio; un ejemplo digno de emular.

Adriana Roca

Hurlingham – Buenos Aires – Argentina

Plenilunio

En el cielo infinito brilla altiva.
Las estrellas se arrodillan
ante su majestuoso resplandor.
Hechicera irreverente
que desnuda los corazones
trasnochados.
Corazones de los filósofos del tiempo
y de la vida.
Corazones de los enamorados.
Corazones dichosos
que reciben
a los que llegan a este mundo.
Corazones quebrados
que despiden
a los que parten sin volver.
Corazones que lloran soledad,
que imploran un milagro,
que sueñan imposibles.
Ella es la amante callada de la noche.
La compañera de los desvelados.
La soberana de la oscuridad.

Coronademia

(Marzo 2020)

Hubo un día en el que el mundo de repente se detuvo. Y la guerra fue declarada.

Una guerra desigual contra un espectro, un ente anónimo que arrasó sin piedad con todo lo que se cruzaba en su camino.

El enemigo llegó veloz y silencioso. Atacó con la fuerza del fin del mundo. Todo se dio vuelta en un instante. Todo fue caos. Los hogares se transformaron en el único refugio posible ante tanta furia.

En las noticias diarias ya no se habló ni de femicidios, ni de rugbiers asesinos, ni de paros gremiales, ni de los vaivenes del espectáculo mediático.

Ya no hubo fiestas ni paseos. No hubo niños asistiendo a clases ni empleados a sus trabajos. Los comercios y los bares bajaron sus persianas. La desolación se adueñó de las calles de cada barrio.

EL miedo, el desconocimiento y la incertidumbre se hicieron carne en cada ser humano. Todos nos volvimos vulnerables y nocivos.

Desaparecieron las fronteras y las religiones, las nacionalidades y las razas.

Los besos fueron balas; los abrazos, veneno; la cercanía, peligro.

La pandemia estaba instalada. Y con ella la psicosis de la muerte.

Un día el mundo se detuvo y nos obligó a detenernos. A mirar al otro. Tal vez en un intento de enseñarnos que el egoísmo es el virus más potente de todos, que destruye, que aniquila. Que la única vacuna para paliar el contagio es la solidaridad y el amor. Que el tiempo es un regalo valioso pero que no es nada si no lo sabemos aprovechar. Que hay que cuidar al de al lado y a uno mismo. Que la vida es milagro. Que la libertad es un don.

El Universo es sabio. Un día detuvo el mundo para hacernos tomar conciencia de una buena vez que todos somos, indefectiblemente, uno en lo Infinito…

Olga Livia Rosas Jiménez

Salvatierra – Guanajuato - México

Cuando lo extraordinario nos pilla sin previo aviso

Todos estaban encerrados en casa debido a un ambiente de toxicidad viral. Mientras tanto, Andrea se preguntaba qué hacer durante aquel encierro obligado. Por sus venas corre sangre circense, herencia de varias generaciones. Estaba consciente de que en cualquier momento su ímpetu por salir aparecería, dada la naturaleza errante de los artistas de circo.

Por otro lado, su amor hacia las letras la había convertido en una escritora, de hecho pertenecía a un círculo literario. Solían reunirse en diferentes lugares de la ciudad para compartir sus creaciones. La pregunta era: ¿Qué hacer durante la cuarentena? No encontraba respuesta alguna, hasta que un rayo de iluminación descendió sobre ella. En la era de la información las barreras del tiempo y la distancia no eran impedimento para el arte. Todo a través de una pantalla. Así fue como sus letras no se quedaron atrapadas entre cuatro paredes.

Cierto día, justo después de una sesión literaria virtual, Andrea escuchó algo que parecía música. No sabía de dónde provenía. Se asomó al balcón de su departamento y para su sorpresa descubrió que eran casi todos los vecinos, en sus respectivas terrazas, quienes estaban reunidos a distancia (aunque suene paradójico) disfrutando de las canciones interpretadas por unos músicos que vivían juntos en uno de aquellos departamentos. Ellos habían decidido compartir su arte con sus vecinos para hacerles más llevadero el exilio domiciliario. Su gesto fue bien recibido por todos. De hecho, las personas escribían en cartulinas la canción que deseaban fuese interpretada por ellos, todo desde los balcones. Andrea no desaprovechó la oportunidad de pedir su canción favorita. Así, dicha cuarentena había sido menos dura gracias al arte.

Sandra Mabel Scioli

Balcarce – Buenos Aires - Argentina

El día que la naturaleza dejó de gemir

No es un arrebato, tan solo un encanto
es el día en que la naturaleza dejó de gemir.

Es otro el relieve, esencia de lo amado
Nosotros los cautivos y los cautivados

Huelo a madreselva y pinto con palabras
el suave vuelo de los calandrias.

Miren el encanto de las gaviotas
no ciegan en sus canciones
ni en una sola nota

Miren las praderas y sobre ellas
mariposas vivas tiñen las hierbas

Miren los astros allí en lo alto
miren ese encanto y otros tantos

Es otro el relieve, esencia de lo amado
Nosotros los cautivos y los cautivados.

María Beatriz Sforza

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

La esperanza-Fuerza de la vida.

Estamos hechos del tiempo.
Vivir es atravesar la profundidad de las horas,
contar los días con gotas de lluvia.

Nos proyectamos a lo que vendrá
manifestándonos desde nuestro mundo interior.

Dolores, resiliencias, empatía con uno mismo
en inestable equilibrio
miran la silenciosa biblioteca de la memoria
donde se escribe la biografía de la vida.

La esperanza
esa alianza entre el corazón y el horizonte
hacia el cual se derivan todos los afanes.

La esperanza
fuerza e hilo conductor de la vida
transforma lo inmodificable en oportunidad.
Transforma al mismo hombre que se recrea a sí mismo.

El protagonismo de la vida

se extiende hasta el momento de partir
haciéndolo como se vivió,
sabiendo que se ha sido uno por única vez.

La muerte no mata.
Diferentes estados existenciales en interconexión.
La misma energía mudada al Universo todo
de donde proviene desde el Principio de los tiempos.

María Cristina Sorrentino

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

Tristeza

...esa especie de ángel oscuro en el camino real.
Paulina Vinderman.

Tiene la voz quebrada
las esquirlas hieren
profundos lagos los ojos desbordan en días grises.
Lleva morral en los hombros
rebosa desconsuelo
alivia su carga el llanto, pero el peso la doblega.
Sus manos crispadas reniegan las caricias
la sonrisa es una mueca aprendida de memoria.
Por desfiladeros tortuosos avanza con lenta marcha
y al pasar a nuestro lado
deja aroma a flores secas.

Si en el camino la encuentras verás que no viaja sola
–es su vieja compañera–
la alegría va tras ella.

Loly Triana

Miami – Florida – E.E.U.U.

Shuti

A la memoria de mi padre

Shuti nació en la finca de Don Manuel, cerca de Laguna blanca. Fue un venado fuerte desde el día de su nacimiento. Apenas se irguió, poco después de salir del vientre de su madre, con las patas temblorosas, su dueño comenzó a acariciarlo, lo ayudaba a colocar su boca en la ubre, sin necesidad, con el fin de que se amamantara bien. Estaba pendiente durante muchas horas al día, abandonando algunas de sus faenas en la propiedad, y hasta aficiones de toda la vida, por el amor y la ternura que le inspiraba el venadito; pensaba que dedicándose a él por completo lo podía proteger mejor.

***

Desde que yo nací, allá en Laguna blanca, mi padre cuidó de mí a la par de mi madre, me contaba ella, que, estando mi cuna, a su lado, papá del otro, cuando yo apenas emitía un gemido, él, llegaba junto anticipándose.

Antes de yo nacer solían salir todas las noches, al cine o a ver vidrieras, muy usual en la pequeña ciudad en aquellos tiempos. Después de mi nacimiento, a pesar de vivir con mi abuela materna, dos tías solteras, un tío casado y su esposa, todos en disposición de cuidarme, papá se negó a continuar el hábito del paseo nocturno, decía que por nada del mundo me dejaba, aunque alguien me atendiera. Él me vigilaba el sueño desde horas tempranas de la noche.

Incluso en un período en que quedó desempleado, como mamá tenía trabajo en el colegio donde era maestra, fue él quien se hizo cargo de mi cuidado. Era yo una bebita de apenas cinco meses, esa situación duró alrededor de medio año y él nunca se quejó. Me

cambiaba los culeros, pañales, roponcitos, me daba la comida. Esterilizaba las teteras, los pomos, en fin, todo lo que acostumbraba hacer una madre a su bebé.

Le gustaba ponerme apodos: pichoncito, pichón, paloma, me fueron adjudicados a medida que crecía.

***

Shuti, el venado, fue creciendo consentido por Don Manuel. Al llegar la etapa de ingerir otros alimentos, no solo la leche de su madre, Manuel se los procuraba y muchas veces el animalito comía de su mano, frijoles, maní, almendras del frondoso árbol que daba sombra en el patio, hojas tiernas y flores. Era una escena hermosa ante nuestros ojos la forma en que ambos se demostraban amor, pues acabando de comer Shuti le pasaba la lengua al Don y este le prodigaba besos en sus “mejillas”.

En poco tiempo Shuti llegó a la pubertad y se convirtió en un joven cervatillo fornido a quien el patio de la casa donde había nacido y crecido se le hacía pequeño.

Don Manuel comenzó a dejarle abierta la cancela que comunicaba el patio de la casa con el terreno de la finca. Hasta el animalito llegaba el dulce olor de las hojas y frutas procedentes de la gran siembra de cítricos que comenzaba próxima al patio. Allí se confundían los olores de naranjas, mandarinas, limones, limas, toronjas y azahares.

Shuti alzaba su cabeza y respiraba hondo como queriendo beberse el aroma. Poco a poco se fue acercando a la verja abierta y comenzó a adentrarse entre los árboles. Corría como un adolescente alegre entre los surcos sembrados. Se empinaba y cogía con su boca las hojas y los azahares de los naranjos que se le ofrecían generosas de las copas de los árboles, si era época de parición tomaba los frutos con sus incisivos, y los desbarataba con sus fuertes molares, saboreando los diferentes sumos.

Doña Ángela, esposa de don Manuel le dijo un día: —Viejo a mí me parece que no debías darle tanta libertad a Shuti, mira que puede escaparse, él se echó a reír y le contestó: —Difícil, está muy encariñado conmigo, sigue comiendo de mi mano, sabe cuánto le quiero y no es característico de los venados cambiar de lugar.

La doña le respondió: —Pero no imposible.

***

Fui creciendo, me encantaba salir los sábados con papá. Visitábamos familiares y amistades. Pero lo que más me gustaba era que me llevara al taller ferroviario donde trabajaba de lunes a viernes. Él se resistía un poco, porque el ambiente allí era solo de hombres, pero alguna vez que otra logré mis deseos. Me ufanaba caminar por aquel piso de adoquines de madera, ennegrecido por residuos producto de la destilación de las máquinas diésel, engrosado por la acumulación del producto, que por el efecto del calor se reblandecía y se sentía como acolchado bajo los pies.

A medida que iba dejando de ser una niña fui perdiendo el interés por estas actividades. Prefiriendo compartir con mis amigas, montar bicicleta, patinar, ir a la laguna.

Mi padre me consentía mucho, nunca me regañaba, en cuanto a castigarme mucho menos, confesaba que quien se castigaba era él si lo hacía, mi madre le advertía —No se

puede ser muy blando, la mano dura hace falta alguna vez. Mira que cuando venimos a ver se nos va de entre las manos.

***

Un atardecer Don Manuel estaba en el patio sentado en su taburete recostado en el tronco del almendro. Shuti entre los árboles, cogía hojas y frutos e iba masticándolos aprovechando su pulpa y zumo al máximo. Don Manuel se levantó cogió granos en su mano, el animalito levantó la cabeza cuando él lo llamó ¡Shuti! enseñándole con la palma bien abierta la comida. Cuál no sería la sorpresa del viejo: en vez de acercarse a él, el venadito retrocedió, él repetía el llamado, caminando hacia el animal mostrándole lo que tenía para brindarle, pero Shuti siguió mirándolo y reculando. De pronto se dio vuelta y comenzó a correr entre la arboleda alejándose, don Manuel gritaba, ¡Shuuutiii! ¡Shuuutiii! Shuuuti…

***

Cuando llegué a la adolescencia, comencé a salir sola con mis amigas y asistir a fiestas, papá me decía —Cómo cambian los tiempos. Ya no era la chiquilla que le gustaba ir al taller… acompañarlo a hacer visitas… En fin, comenzaba a comportarme como todo adolescente que se siente mayor y quiere independencia: salir de las faldas de la madre o de los pantalones del padre. Un día estaba él sentado en su sillón de madera y pajilla en el portalón de la casa cuando pasé por su lado, le di un beso en la mejilla, abrí la portezuela de la baranda y salí a la calle, se puso en pie y se paró en el vano mientras yo caminaba aprisa alejándome, me dijo alzando algo la voz para que lo oyera: ¡Shuuutiiii! ¡Shuuutiiii! Shuuuti…

Carlos Arturo Trinelli

Boulogne – Buenos Aires – Argentina

De martingalas y enanos

Hiere la hoja en blanco. Hiere en el resplandor que emana la luz incandescente de la lámpara y más hiere por no saber cómo o por dónde comenzar esta historia. Una historia que es una, así sean varias las que confluyen. Mi esposa duerme ajena a lo que sucederá como todo ser entregado al sueño. De la casa de al lado los murmullos llegan nítidos a mis oídos. Los enanos son nuevos en el barrio y distintos a todos los enanos conocidos, no tienen cabezas grandes, brazos cortos y piernas combadas sólo son enanos. Enanos sin hijos ni mascotas. Los ruidos nocturnos que producen hicieron que descubriera su origen. Es esta una parte de la historia. Veamos la otra.

Conocí al señor Marcos Brown en una mesa de póker en la casa del rengo Julián Pérez. La discapacidad de Pérez, según él, era producto de una huida, salto al vacío y quebradura mal curada, en épocas de la dictadura, pero otra versión aseguraba que la huida fue por un tiro en la pierna en ocasión de un robo a un camión de caudales. Versión ésta por la que me inclino.

Pérez vive de la timba clandestina, nada nuevo, tampoco original: presta la casa que funciona como garito. Uno se anota y cuando hay cupo es llamado para una sesión. Se juega a la manera tradicional, un monto mínimo, cuatro jugadores, una luz o apertura, un máximo de apuesta, un tiempo de juego y tres últimas manos con cartas descubiertas y apuestas libres. Pérez cobra un diezmo más el consumo de bebidas.

Cuando juego al póker no bebo, tampoco fumo. Me concentro en el juego y en los rivales, intento no dar ventajas en lo gestual.

La observación de los gestos en este juego son factores que pueden definir una mano. Saber semblantear a los rivales es tan importante como la impostura. Un mentón

que se estira demuestra la segura ambición de una apuesta. Un trago del vaso de bebida puede significar una alegría pasajera. Una pitada profunda denota inseguridad si el cigarro o cigarrillo es luego apoyado en el cenicero. En cambio, si queda en la mano puede significar que tenga buen juego. Detalles no determinantes, sí orientativos. Lo apasionante del juego es el desarrollo de la intuición, atributo humano no del todo valorado. Por supuesto juega el azar y como dice el tango, *contra la suerte nadie la talla*, pero se trata de disminuir el riesgo.

Marcos Brown era un hombre mayor, digo era porque murió. Pero antes nos hicimos amigos. Él tampoco bebía ni fumaba en el juego. La partida en que nos conocimos quedamos solos para las últimas tres manos, las sin límites de apuesta y con el doble de luz. En la primera mano pasó e intuí que lo había hecho a propósito para mostrarse cansado, conservador. En la segunda pidió una carta, yo dos y me quedé con una *pierna* a la espera. Él pretendió que supusiera que buscaba el *full* o la remota posibilidad de una *escalera*. Aposté fuerte, él volvió a pasar.

En la tercera mano pidió dos cartas, fueron dos reyes. Yo pedí tres, dos jotas y un as, apostamos, emparejamos.

- ¿Puede cubrir mi total? Preguntó de manera caballeresca

-Sí, respondí a pesar que mis fichas no alcanzaban.

Las siluetas de los otros jugadores y del rengo Pérez asomaron de entre las sombras.

Completó un *full* de reyes y dieses. Yo un póker de jotas. Hubo aplausos. Pedí un whisky y encendí un cigarrillo, Marcos Brown como en un espejo, hizo lo mismo.

Los enanos, varón y mujer, no me llamaron la atención por su tamaño sino porque salían poco, no trabajaban y no hacían mandados.

-Que silenciosos son los enanos, había dicho un día mi esposa.

-Es que hablan bajito, dije yo para atenuar la curiosidad que nos despertaban.

Un día estaba en la terraza y el enano me vio desde su patio, nos saludamos y me preguntó: - ¿lloverá hoy?

-Supongo que deberá nublarse primero, respondí con un uso pragmático del lenguaje.

-Sí, claro, dijo él y siguió en lo suyo. Lo suyo era, según espié, lustrar las baldosas y entonces la pregunta no me pareció extraña.

Lo extraño comenzó una noche. Un ruido, como si zumbara un enjambre de abejas, nos impedía conciliar el sueño. El enjambre remataba el zumbido como carbones a punto de encender con pequeñas detonaciones parecidas a chasquidos producidos con la lengua. A hurtadillas subí a la terraza y aprecié el resplandor que iluminaba el patio de los enanos entonces deduje que el hombre debía estar usando una soldadora eléctrica.

Con Marcos Brown, como dije, nos hicimos amigos. Decidimos no competir entre nosotros y él dejo de asistir a lo del rengo Pérez. Para ese entonces mi situación marital no atravesaba su mejor momento. Anita nunca había aceptado del todo mi decisión de vivir

del juego y cuando digo *del todo* me refiero al todo de las pérdidas ya que nadie puede ganar siempre. Las ganancias en cambio eran festejadas. Práctica, como toda hembra en edad de reproducir, Ana se proyectaba al futuro, incierto como todos los futuros, en tanto yo vivía el día a día. Para incierto existía mi trabajo.

Mi fama trascendió el garito de Pérez y un día de la semana era desafiado en un mano a mano por otros jugadores. Jugadores que en su mayoría eran conocidos por Marcos Brown quien me asesoraba en la previa y además apostaba por mí. Hasta que llegó el gran desafío, enfrentar al uruguayo Roca Duffy, un viejo como Brown, retirado de las partidas con todo el respeto y honores de un jugador imbatible.

Las condiciones fueron singulares, un pozo único al que ganara más partidas de diez sin inhibir las apuestas por mano. El ganador definía la voluntad de una revancha por el doble del pozo a realizarse en el Uruguay.

Brown desaconsejó aceptar el desafío. Pérez se ofreció a facilitar el dinero necesario a condición de un porcentaje si ganaba o a devolver el doble si perdía. En el tiempo que medió para la organización fue que Brown sufrió un accidente cerebro vascular.

-Creo que debés hablar con nuestros vecinos, sugirió Ana antes de partir a su trabajo con el malhumor de haber dormido mal.

No recuerdo qué contesté, pero al mediodía tomé valor y encaré al enano que trabajaba con denuedo en su jardín. Cosa que quizá, por un cierto atavismo, le salía bien.

-Alfredo, así se llamaba y me lo había hecho saber el día de las presentaciones estirando una manita blanda, -discúlpeme, mire los ruidos de la soldadora eléctrica nos turban el sueño, digo yo ¿sería factible soldar de día?

Apoyó un rastrillo de juguete sobre un macetero y se acercó a la reja.

-Yo no hago soldaduras, dijo con su voz de tiple

-Bueno, lo que sea que haga le pido si puede ser de día.

Entonces salió la enana, una criatura bella en su formato y con tetas de juguete.

-De día no se puede, al menos en este hemisferio, aportó a la conversación y me di cuenta que además de enanos estaban locos.

El sol hizo una pausa detrás de una nube. Alfredo tomó el rastrillo y la mujer entró en la casa. La conversación había concluido y me conformé con dormir la siesta.

En el hospital un Marcos Brown desmejorado y con la voz en extremo arrastrada hizo que buscara entre sus pertenencias una carpeta y un libro, La Ruleta por Julien Fëhr. Entendí que hacía años estudiaba la manera de ganar a la ruleta y entendí también que era esa su herencia. Brown falleció al día siguiente, es decir, justo una semana antes de mi enfrentamiento con el Roca Duffy.

Los datos de Julien Fëhr eran escasos, profesor de matemáticas del Instituto de Ginebra, en su currículo figuraba haber ayudado a una tal Jenny Miller a hacer saltar la banca en el casino de Montecarlo. Vaguedades, fantasías propias de la mente de un gran jugador como había sido Marcos Brown.

Guardé el libro y las notas en un cajón. La tristeza por la muerte de Brown me impedía tomar en serio aquello. Tampoco mi ánimo era el mejor para afrontar el desafío del Roca Duffy.

La noche de la partida, al público estable se sumó el séquito del uruguayo. Brown me había aconsejado jugar despacio, simular desidia, según él, Duffy, como todo viejo habría potenciado sus debilidades y asentado las virtudes por lo que, se atrevió a pronosticar, el hombre estaría ansioso por ganar e irascible si el rival, yo, me detenía por demás en orejeos a los naipes o dudas en el momento de apostar.

Los datos de Brown incluían la compulsión por el cigarrillo que sufría Duffy y que, a mayor ansiedad, más fumaría hasta el punto de quizá encender un cigarrillo sin haber concluido el anterior, dato insoslayable a la hora de las apuestas.

En la práctica todo se dio al revés. Duffy no fumó antes, durante, ni después. Su trato en todo momento fue cordial como el de un abuelo con el nieto. Ganó siete de las diez partidas y perdió tres en las que, teniendo yo buenos juegos, no apostó, con la frustración que significó no poder mostrar los naipes.

Lo aplaudieron y vitorearon, él extendió la mano hacia mí y dijo: -Pensaré en la revancha, claro que no tendrá usted obligación de aceptarla. Dicho esto, recibió las felicitaciones del público, bebió un whisky de un sorbo, cobró y se fue rodeado por los suyos.

Pérez no tardó en recordar la deuda y me citó para hablar de ella al día siguiente.

No asistí con el pretexto de una supuesta enfermedad y para aventar dudas, lo invité a que me visitara. Pérez recomendó que me cuidara y que esperara mi mejora para hablar del tema.

Sitiado en mí casa, endeudado, con mi esposa más combativa que nunca, recordé los papeles de Brown. Me adentré en la magia de las martingalas que el difunto había diseñado con la esperanza de dar un batacazo.

Concepto básico: todos los números tienen igual probabilidad de aparecer, al principio en forma dispar, al cabo de doce horas tienden a equipararse.

-Otra vez con eso, interrumpió Ana, -tu amigote te podría haber recomendado un trabajo.

Para Ana mis amigos eran amigotes y en su razonamiento simple todo se solucionaba con un trabajo.

Se llaman Nidos o Módulos a los números que tienden a aparecer juntos o con una distancia de dos o tres números de por medio.

-No me vas a contestar, insistió.

-Por favor Anita, déjame estudiar esto que puede resultar en nuestro beneficio ¿no querés que trabaje? Bueno, es lo que hago.

Se fue sin despedirse y al golpear la puerta al salir dejó la indignación vibrando en el ruido.

*Cuando hablo de un sector me refiero a los números vecinos en la rueda no en el paño, por ejemplo: 5-24-16-33-**1**-20-14-31-9.*

Sonó el timbre, me asomé y no vi a nadie, pero Alfredo me vio a mí y me llamó por mi nombre que en boca del enano sonó como un recuerdo de la infancia. De una de sus manos pendía un banco con el que había accedido al timbre.

Me invitó a almorzar, dudé en aceptar y él dijo: - Cloti, va a hacer unos tallarines con estofado de pollo y…se calló de golpe como inseguro del menú.

- ¿Quieren qué lleve el postre?

-De ninguna manera, habrá frutillas con crema.

-Entonces llevo el vino.

Quedamos en eso y regresé a los estudios de Brown.

En setentinueve bolas, 4 ceros, 36 rojos, 39 negros. 38 pares, 37 nones, ilegibles mayores y menores. 25 primera docena, 22 segunda, 28 tercera. 22 primera columna, 26 segunda, 27 tercera.

Dejé los papeles de lado, no podía centrar la atención en el Universo de números y conclusiones dispares que no arrimaban certeza alguna. Concluí en ofrecer mis servicios de jugador al rengo Pérez hasta cubrir la deuda. Sabía que si él aceptaba me aguardarían tiempos de esclavitud, mi matrimonio naufragaría para siempre y… ¡los enanos! Miré la hora y corrí a comprar una botella de vino y de pasada, un ramo de jazmines para la anfitriona.

La casa estaba ambientada como para niños, niños pequeños. Clotilde, la enana, estaba radiante y puso los ojos en blanco al oler los jazmines. Nos sentamos. La silla hacia juego con la mesa y mis rodillas quedaron tan altas que sobrepasaban su plano con la consiguiente incomodidad. El enano se dio cuenta: - ¿Estás cómodo?

Qué iba a responder: -Sí.

La enana, subida en una tarima, revolvía dentro de la olla con el tuco. Alfredo abrió el vino y sirvió tres vasos. Brindamos por la amistad y atacamos con el copetín dispuesto en distintos platitos. Luego Clotilde dijo: -Ana se fue enojada a trabajar.

Él agregó: -A las mujeres les disgusta el azar y, sin embargo, son impredecibles, concluyó con una risotada colmada de maníes triturados.

Odié a mi esposa y su falta de discreción. Como si Alfredo hubiera intuido lo que pensaba volvió a decir: -Ella no nos dijo nada, pero nosotros sabemos.

No supe yo a qué se refería porque Clotilde ordenó retirar los platos con la picada y que Alfredo la ayudara a servir.

Desde mi posición resultaba difícil comer arrimado a la mesa y hubiera preferido sentarme en el piso. Hablamos banalidades, al principio, el tiempo, los vecinos y de pronto Alfredo dijo: -Estás en problemas.

Clotilde, sin portasenos, un detalle que me distraía, se atrevió: -Deberías cambiar de profesión.

-Sin embargo, siguió él, -estar con enanos trae suerte y podrías insistir.

Yo me mantuve callado. Clotilde agregó: - Tenés un don, sos discreto, eso es lo que nos gusta de vos y enseguida dirigiéndose al marido, -mostrale la máquina de la presciencia.

Alfredo me tomó de la mano y entramos en la habitación de al lado.

-Aquí está el resplandor nocturno, ésta es nuestra máquina de la presciencia y la comunicación.

Lo que vi, semejaba a un viejo equipo de radio aficionado. Volvimos a la cocina y entre los dos elaboraron un discurso sobre la igualdad del género humano basado en el poder del habla.

Me atreví a dos objeciones que me parecieron ingeniosas, los mudos, los muertos. Ellos las subestimaron, los mudos eran la excepción necesaria que confirmaba la teoría y los muertos, por fuera de dicha teoría, proseguían con el habla en los sueños y a la espera de hablar sus historias en el día del Juicio Final, el día en que el último humano muriera.

-Ahora, andá a tu casa y prepárate para ser abducido esta noche en el conticinio.

Me acompañaron hasta la puerta. Saludé a Alfredo. Clotilde estiró sus brazos, me agaché y rozó sus labios en los míos.

-Buen viaje, dijo luego.

Dudo en dejar la hoja en blanco, la más creíble, la que nunca acaba, en la que todo cabe, lo cierto y lo falso, la afirmación o la negación. En blanco dirá algo inagotable, quizá creído aun después de mi en el tiempo inexorable, quién se atreverá a descubrir si lo escrito es verdadero o falso. En definitiva, a nadie le importará si ocurrió o no.

Besé a Ana dormida y subí al silencio de la terraza.

María Cristina Urtubey

San Clemente del Tuyú – Buenos Aires – Argentina

El enemigo que consiguió la igualdad

En este día pleno de sol, temperatura muy agradable, suave brisa de un otoño en su primer día, reina la prohibición. Llega después del asesoramiento y el razonamiento de los expertos. Primero acompañado de la recomendación, el ruego y la advertencia sobre las consecuencias de desoír y de incumplir lo pautado para llevar a cabo todo lo que está encerrado en una sola palabra de diez letras PREVENCIÓN, para los científicos, y de once para mí, SOLIDARIDAD. Cuidar a los otros, que sólo se puede hacer si uno se cuida, para derrotar al enemigo invisible, para nosotros no para los científicos.

Pero, claro, muchos de los que componen la sociedad humana, creen estar por encima de otros, por distintos motivos (dinero, poder, estrato social**…**) y pareciera que la competencia de su cerebro que da lugar al entendimiento, NO FUNCIONA. Entonces la advertencia, el ruego, el razonamiento no es percibido por ellos. No se han percatado que el mundo está distinto desde hace alrededor de dos meses, a pesar que muchos de ellos han estado "paseando" por ese mismo mundo en ese mismo tiempo. No aceptan que a ellos también los puede afectar lo que está aquejando al resto de sus congéneres. No aceptan que este enemigo no los distinga, no los diferencie como ellos creen que se merecen. Ni siquiera consideran que ellos puedan ser los causantes de una MAYOR CATÁSTROFE. Entonces la prohibición aparece, no tiene más remedio que aparecer. No como castigo, sino como recurso.

Este enemigo es invisible para nosotros, para los neófitos en la materia, no hace excepciones ni consideraciones de raza poderío, status social, ideas políticas, cualquiera sea la función que desempeñen en los gobiernos del planeta. Ataca a cualquiera y a TODOS POR IGUAL.

La gran pregunta

Hoy el otoño quiere entrar, es su día
y el verano no quiere salir.
Hay verde en los árboles
aunque en otros pocos aparece el amarillo.
Es fuerte todavía la luz del rey
los pájaros disfrutan de su calor,
las flores lo buscan,
la brisa es tibia aún,
baila con señoras vestidas de blanco
en el salón celeste del firmamento.
La naturaleza ¡Qué belleza!
Hoy puedo admirarla ¿mañana podré?

¿Quién lo cura?

Lo mira con ojos llorosos
Junto a la cama, lo arropa,
su almohada acomoda,
implora su alivio, suplica,
que el cruel padecimiento
se aleje de él.
Alguien pregunta ¿qué pasa niña?
Y ella responde:
“El mundo, mi mundo,
pobrecito, está muy enfermo
y no hay quien lo cure”.
Si, le responden,
la señora naturaleza
su mamá.

Ana María Valdeavellano Pinot

Guatemala – Guatemala

Pero con las manos limpias

Abrió los ojos, y no sabía si era un cuento de ciencia ficción: la trillada máquina del tiempo que lo llevaba a aquel cielo limpio de aviones y ruidos; calles silenciosamente vacías, a lo lejos, una persona paseando un perro; centros comerciales, grandes hoteles, cruceros inexistentes; canales de agua clara y peces en ellos; aire más puro, pero con un fuerte olor a temor e incertidumbre flotando en el ambiente.

También podría ser la serie de espías, en la que una temida potencia había liberado un mortal virus para infectar a todo el planeta y obtener el poder económico en la compra de acciones desplomadas… O la estratégica venta de la vacuna salvadora…

Los gobernantes, con mascarillas y guantes llamaban a la calma; ordenaban permanecer en sus casas; suspendían transporte; cerraban negocios y escuelas; ocultaban número de infectados; inventaban hospitales; decían y desdecían…"Pero sobre todo insistían: ¡Lávense las manos!"

-Trabajen desde casa.

-Estudien desde casa.

- Aunque en realidad, no van mucho, no vayan a los asilos.

-Pero sobre todo, lávense las manos.

Los ciudadanos, atrapados como animales de zoológico, no tuvieron más remedio que hacerse cargo de sus hijos: jugaban, desempolvaron libros y las recetas de la abuela, conversaban, usaban lápiz y papel, hasta escribían cartas; armaban y desarmaban

rompecabezas; comían, reían, peleaban, gritaban, regañaban… Pero todos con las manos limpias.

-No más besos.
-No más abrazos.
-NO más saludos de mano, aunque tengan las manos limpias.

Unos para dar ánimo, o matar el aburrimiento, convertían los balcones en escenarios y salían a cantar, interpretar instrumentos, o a crear los "Balcones *fitness*". Los millonarios, desde sus inmensas mansiones o sus yates, llamaban a la solidaridad de permanencia en casa y publicaban generosas donaciones virtuales. Pero, con las manos limpias.

Los noticiarios olvidaron todos los temas, porque el deporte, conciertos, festivales, eventos culturales y homenajes quedaron en el olvido. Pero la ciudadanía tenía las manos limpias.

Empezó el alquiler de perros para paseo, el transporte clandestino y el traslado de empleados hacinados…

- ¡Que el trabajo continúe!
-¿Saben lo que un día sin trabajo representa en pérdidas?
-Solo son albañiles.
-Solo son empleados de *call center*.
-Solo son dependientes.
-Solo se mueren los viejos y los enfermos….
-Pero que se laven las manos.

Los hospitales no dieron abasto; médicos, enfermeros, policías y bomberos se contagiaron; las economías colapsaron; las industrias funerarias fallecieron; pero todos con las manos limpias, vieron cómo caía LA ÚLTIMA GOTA DE AGUA…

Felipe Andrés Vergara Unda

Concepción – Bio Bio – Chile

Agradecido de la vida

Y se decretó la cuarentena. Tiempos difíciles, de mucho sacrificio y dolor. Había que guardar en casa, esperar que todo mejore y la situación cambie.

No había vacuna, cura o antídoto. Era un virus fatal, una enfermedad que causaba estragos en todo el mundo. Ya lo decían en la televisión, durante esos años, sólo había que prevenir el contagio.

Por fortuna, más de una treintena ya han pasado de aquel entonces. Hoy, ya reímos de lo que fue el corona virus. Ya podemos celebrar que no estamos muertos ni enterrados metros bajo tierra. Y cómo no poder mirar la ciudad, con sus calles tan llenas de comercio y encendidas, hasta en los días de fin de semana.

Mis padres ya no me acompañan. Tampoco tuve hijos y sólo terminé cuarto medio. No sé qué iba a ser de mí, si nunca fui a la universidad. Tampoco tuve la oportunidad de ir a un instituto o de trabajar momentáneamente. Sólo recibiría pagos por trabajos menores, sin ser grandes sumas de dinero. - “No sería tanto”, pensaba, “pero de algo de ayudaría a vivir”.

En casa tengo una cocina muy amplia. Son cuatro paredes, de las cuales una tiene una puerta que la conecta al living comedor, la otra opuesta, una que da al patio trasero, mientras que las otras dos, sólo son paredes lisas. Las cuatro están cubiertas de baldosas blancas, sin diseños que le den más elegancia al cuarto.

Ahí hay dos estantes, en los cuales guardo los envases de las frutas confitadas, condimentos y especias que tanto gusto de usar para sazonar mis comidas. Hay también

un tarro pequeño en el que guardo café, otro de plástico donde está el azúcar, y uno de metal de mediano tamaño donde guardo la sal.

Bajo estos muebles, hay otro, con dos puertas, similar a una bodega pequeña. Ahí, en orden y apiladas una sobre la otra, guardo tanto sartenes como pailas y cacerolas metálicas, las que suelo usar para cocinar caldos o sólo hervir el arroz cada vez que voy a almorzar.

En un gran mesón de madera, coloco las tablas para picar verduras y carnes. También hay cuchillos y cucharones, todo como para ser un experto cocinero. No me agrada la idea de tener que irme de esta casa, ni mucho menos alejarme de esta ciudad. Pienso que tengo todo aquí. Hay lugares fantásticos donde poder ir, si hasta recorro las calles de principio a fin. Es tan hermosa, la que recuerdo desde sus inicios, cuando apenas nací.

Cada día, despierto con los ojos entreabiertos, creyendo que aún es de noche, pero sólo está amaneciendo. Los rayos del Sol aún no aparecen, el cielo sólo está aclarando y mi sonrisa, que no logro quitar esa falsa apariencia de mi triste cara todos los días. Pareciera ser que estoy riendo, pero sigo añorando el vivir junto al mar. Esos aires tropicales, ese calor exótico, las palmeras en arenas blancas, un sol que brilla en el cielo y esas olas que vienen y van, lejos de esta ciudad y la epidemia que, hace treinta años, ya nada fue.

Me miro en el espejo y sigo creyendo que soy joven. Me encuentro cada día más viejo. La misma faceta de siempre. A veces creo que mi apariencia no cambia. Quizás sea tiempo de innovar, o mejor, sólo de descansar. Creo, una buena vida en esta ciudad, es algo imposible de olvidar.

Juan Carlos Viale

Cañuelas – Buenos Aires – Argentina

Otro amanecer…

Milagro, despertar, satisfacción, reencuentro, luz, desafíos, imprevistos, tiempo…

Me despierto alterado, como después de haber tenido una pesadilla. ¡Pero no! ¡Es realidad!

Y me pregunto: ¿por qué el destino nos *corona* de esta manera?

Dentro del miedo que me invade encuentro una frase esperanzadora "Crisis es igual a oportunidad".

Y justo es un proverbio *chino*.

Quizás sea un presagio por el cambio de estación; pero, después de cada otoño e invierno, siempre llega la primavera…

¡Pero sí! ¡Me está sirviendo! ¡He vuelto a poner mis pies sobre la tierra!

¡Sí! ¡Voy a aprender a disfrutar otro nuevo amanecer…!